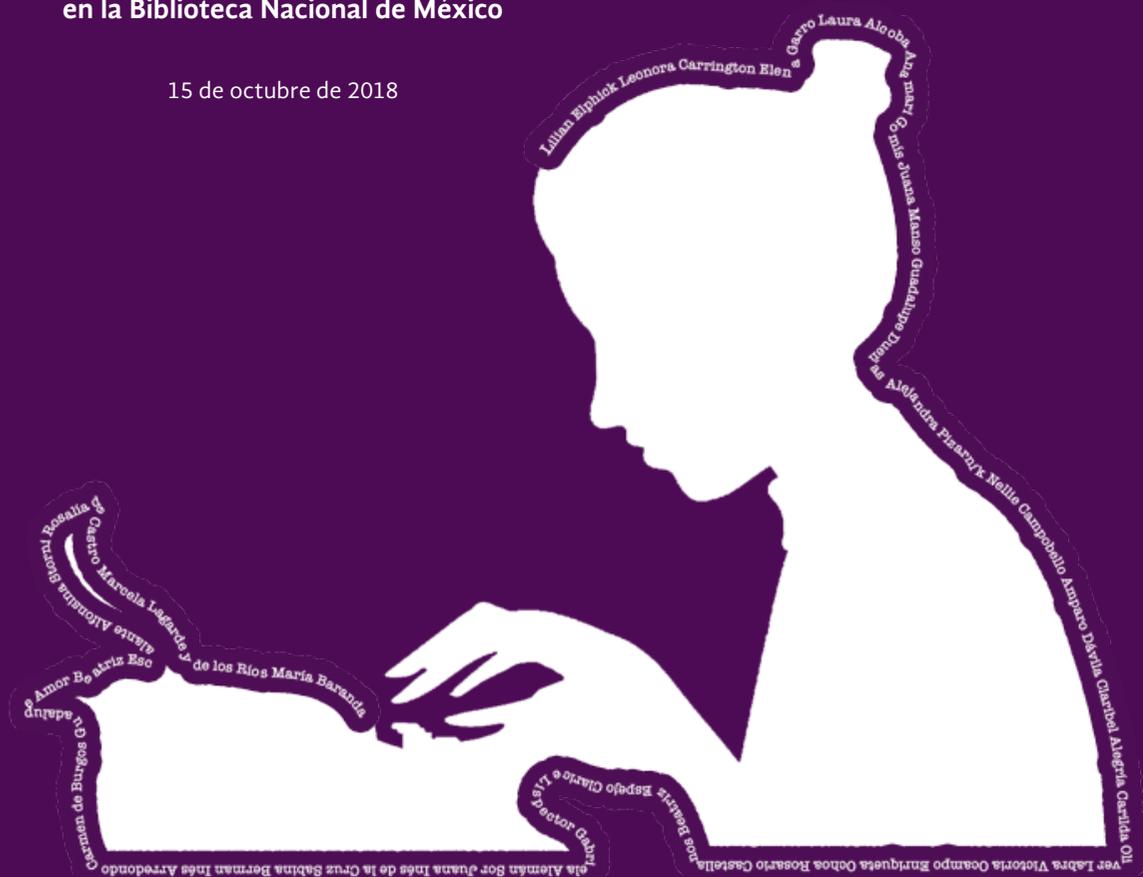


# Rebeldes y transgresoras

Textos breves  
de autoras mexicanas e iberoamericanas  
leídos en el marco del  
**Día de las escritoras**  
en la Biblioteca Nacional de México

15 de octubre de 2018



## Lecturas

<b>Juana Manso (Argentina, 1819)</b> “Emancipación moral de la mujer”	7
<b>Sor Juana Inés de la Cruz (México, 1648)</b> “Respuesta a Sor Filotea de la Cruz” y soneto “En perseguirme, mundo”	8
<b>Rosalía de Castro (España, 1837)</b> “Las literatas”	10
<b>Carmen de Burgos (España, 1867)</b> “Autobiografía”	11
<b>Victoria Ocampo (Argentina, 1890)</b> <i>La mujer y su expresión</i>	12
<b>Alfonsina Storni</b> <b>(Suiza, 1892. Nacionalidad: argentina)</b> “Tú me quieres blanca”	13
<b>Nellie Campobello (México, 1900)</b> “Zafiro y Zequiél”	15
<b>Elena Garro (México, 1916)</b> <i>Los recuerdos del porvenir</i>	16
<b>Leonora Carrington</b> <b>(Inglaterra, 1917. Nacionalidad: mexicana y británica)</b> “Memorias de abajo”	18



<b>Guadalupe Amor (México, 1918)</b> "Raquel Rivadeneira"	20
<b>Guadalupe Dueñas (México, 1920)</b> "Mi chimpancé"	21
<b>Clarice Lispector</b> (Ucrania, 1920. Nacionalidad: brasileña) "Tentación"	22
<b>Carilda Oliver Labra (Cuba, 1922)</b> "Se me ha perdido un hombre"	24
<b>Rosario Castellanos (México, 1925)</b> "Kinsey Report"	26
<b>Amparo Dávila (México, 1928)</b> "El último verano"	30
<b>Enriqueta Ochoa (México, 1928)</b> "Contemplación" y "Marianne"	32
<b>Inés Arredondo (México, 1928)</b> "La sunamita"	34
<b>Alejandra Pizarnik (Argentina, 1936)</b> "El despertar"	35
<b>Beatriz Espejo (México, 1939)</b> "Retrato hablado"	38
<b>Marcela Lagarde y de los Ríos</b> (México, 1948) "Principios éticos fundamentales del yo" y "La orden de ser bellas"	40



<b>Anamari Gomís (México, 1950)</b> <i>Sellado con un beso</i>	42
<b>Sabina Berman (México, 1955)</b> "Conferencia"	45
<b>Beatriz Escalante (México, 1957)</b> "De cómo perdí mi hogar y hasta mi patria"	47
<b>Lilían Elphick (Chile, 1959)</b> "Verdadera historia del silencio"	49
<b>María Baranda (México, 1962)</b> "Volar"	50
<b>Laura Alcoba (Argentina, 1968)</b> <i>La danza de la araña</i>	52
<b>Gabriela Alemán</b> <b>(Brasil, 1968. Nacionalidad: ecuatoriana)</b> <i>Humo</i>	54
<b>Ana Franco Ortuño (México, 1969)</b> "Peligro de extinción"	59
<b>Guadalupe Nettel (México, 1973)</b> <i>El cuerpo en que nací</i>	60
<b>Andonella (México, 1991)</b> <b>y Plaqueta (México, 1983)</b> <i>#Amiga date cuenta</i>	63
<b>Rosario Castellanos (México, 1925)</b> <i>Autorretrato</i>	65





## Emancipación moral de la mujer

Juana Manso (Argentina, 1819)

(fragmento)

En todos los inconvenientes que resultan de su falsa posición; con un tutor perpetuo que a veces es lleno de vicios y estupidez, la mujer tiene con todo que bajar la cabeza sin murmurar, decirle a su pensamiento no pienses, a su corazón no sangres, a sus ojos no llores, y a sus labios reprimid las quejas!

Por qué? Sí, por qué ese largo martirio que empieza y acaba con la vida de la mujer?

Por qué se condena su inteligencia a la noche densa y perpetua de la ignorancia?

Por qué se ahoga en su corazón desde los más tiernos años, la conciencia de su individualismo, de su dignidad como ser que piensa, y siente? Repitiéndole: no te perteneces a ti misma, eres cosa y no mujer?

Por qué reducirla al estado de hembra cuya única misión es perpetuar la raza?...

Por qué cerrarles las veredas de la ciencia, de las artes, de la industria, y así hasta la del trabajo, no dejándoles otro pan que el de la miseria, o el otro mil veces horrible de la infamia?

...Todo le quitáis a la mujer! Todo lo que puede caber en la misión grandiosa de la inteligencia, donde toman parte la sensibilidad y la voluntad libre. Pero le halagáis su vanidad, le excitáis el amor al lujo, a los dijes, a los tocados; ciegos idólatras de su belleza sois el incentivo funesto de la corrupción, porque si no sabe lo que es su alma, qué le importa a la mujer venderla por un puñado de alfileres de oro?...

La conciencia, el honor, la dignidad, qué son para la mujer? Quién le habla de esto? Conciencia? Vos se lo traducís por salvar las apariencias. Teme al mundo. Pero en temerse a sí misma, en avergonzarse de sí misma, quién le enseña? Honor? Y para qué quiere honor la mujer?

Ella no tiene palabra de honor, quién se fía en palabras de mujer? Su honor? De soltera es el honor del padre o del hermano el que guarda, de casada, es el del marido!... Insensatos!



Manso de Noronha, Juana Paula. "Emancipación moral de la mujer". *Álbum de Señoritas. Periódico de Literatura, Modas, Bellas Artes y Teatros*, núm. 1, Buenos Aires (1 de enero de 1854).

## Respuesta a Sor Filotea de la Cruz

Sor Juana Inés de la Cruz (México, 1648)

(fragmento)

No había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman Amigas, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que la daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, [que] supe leer en tan breve tiempo [...]

Acuérdome que en estos tiempos [...] me abstenía de comer queso, porque oí decir que hacía rudos [...] Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras que depren- den las mujeres, oí decir que había Universidad y Escuelas en que se estudiaban las ciencias, en Méjico; y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con ins- tantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a Méjico, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer, e hizo muy bien, pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros va- rios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo [...]

Empecé a aprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las leccio- nes que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres —y más en tan florida juventud— es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos [si] no sabía tal [...] cosa [...], que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan des- nuda de noticias, que era más apetecible adorno. Entréme religiosa, porque aun- que conocía que tenía el estado cosas [...], muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcio- nado y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba de mi salvación; a cuyo primer respeto [...] cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi genio, que eran de querer vivir sola; de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros.

Proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos

caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del maestro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras [...] dirigiendo siempre [...] los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas [...] Lo que sí pudiera ser descargo mío es el sumo trabajo no sólo en carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible [...] En esto sí confieso que ha sido inexplicable mi trabajo; y así no puedo decir lo que con envidia oigo a otros: que no les ha costado afán el saber. ¡Dichosos ellos! A mí, no el saber (que aún no sé), sólo el desear saber me ha costado tan grande [esfuerzo]

Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento...

### ¿En perseguirme, mundo, qué interesas?

¿En perseguirme, mundo, qué interesas?  
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento  
poner bellezas en mi entendimiento  
y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas,  
y así, siempre me causa más contento  
poner riquezas en mi entendimiento  
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura que vencida  
es despojo civil de las edades  
ni riqueza me agrada fementida,  
teniendo por mejor en mis verdades  
consumir vanidades de la vida  
que consumir la vida en vanidades.



Cruz, Juana Inés de la, sor.  
“Respuesta a Sor Filotea de la  
Cruz” y soneto “En perseguir-  
me, mundo”. *Obras completas*.  
México: Fondo de Cultura Eco-  
nómica, 1957.

## Las literatas

Rosalía de Castro (España, 1837)

(fragmento)

Las mujeres ponen en relieve hasta el más escondido de tus defectos y los hombres no cesan de decirte que una mujer de talento es una verdadera calamidad, que vale más casarse con la burra de Balaam y que sólo una tonta puede hacer la felicidad de un mortal varón.

los hombres miran a las literatas peor que mirarían al diablo [...] únicamente alguno de verdadero talento pudiera, estimándote en lo que vales, despreciar necias y aun erradas preocupaciones; pero... ¡ay de ti entonces!, ya nada de cuanto escribes es tuyo, se acabó tu numen, tu marido es el que escribe y tú la que firmas.

¿cómo creer que *ella* pueda escribir tales cosas? Una mujer a la que ven todos los días, a quien conocen desde niña, a quien han oído hablar, y no andaluz, sino lisa y llanamente como cualquiera. ¿Puede discurrir y escribir cosas que a *ellos* no se les han pasado nunca por las mentes, y eso que han estudiado y saben filosofía, leyes, retórica y poética, etc.? Imposible, no puede creerse a no ser que viniese Dios a decirlo. ¡Si siquiera hubiera nacido en Francia o en Madrid! ¿Pero aquí mismo?... ¡Oh!...

### La hija del mar

Pasados aquellos tiempos en que se discutía formalmente si la mujer tenía alma y si podía pensar [...] se nos permite ya optar a la corona de la inmortalidad, y se nos hace el regalo de creer que podemos escribir algunos libros, porque hoy, nuevos Lázarus, hemos recogido estas migajas de libertad al pie de la mesa del rico, que se llama siglo XIX.

Todavía no les es permitido a las mujeres escribir lo que sienten y lo que saben.



Castro, Rosalía de. "Las literatas. Carta a Eduarda". *Almanaque de Galicia* (1865).

## Autobiografía

Carmen de Burgos (España, 1867)

(fragmento)

No soy ambiciosa ni me importa el juicio ajeno. La calumnia se estrella a mis pies, lamiéndolos mansamente como el agua del mar a las rocas inquebrantables. Detesto la hipocresía y como soy independiente, libre y no quiero que me amen por cualidades que no poseo, digo siempre todo lo que siento y que se me antoja. Así los que me quieren, me quieren de veras. Los que me detractan por la espalda, se quitan el sombrero delante de mí. Jamás pensé en el medro personal a costa de mi libertad o de abjurar de mis convicciones. ¿Hechos de mi vida? Ninguno notable. Me crié en un lindo valle andaluz, oculto en las últimas estribaciones de la cordillera de Sierra Nevada a la orilla del mar frente a la costa africana. En esa tierra, mora, en mi inolvidable Rodalquilar, se formó libremente mi espíritu y se desarrolló mi cuerpo. Nadie me habló de Dios ni de Leyes y yo me hice mis leyes y me pasé sin Dios. Allí sentí la adoración al panteísmo, el ansia ruda de los afectos nobles, la repugnancia a la mentira y los convencionalismos...

[...]

Hoy solo creo en el arte y acepto el amor como bella mentira, una forma más perfecta de la amistad.



Burgos, Carmen de. "Autobiografía". *Prometeo. Revista Social y Literaria*, núm. x (agosto de 1909): 40-46.

## La mujer y su expresión

Victoria Ocampo (Argentina, 1890)

(fragmento)

El año pasado asistí, por casualidad, a la conversación telefónica, entre Buenos Aires y Berlín, de un hombre de negocios. Hablaba a su mujer para hacerle unos encargos. Empezó así: “No me interrumpas”. Ella obedeció tan bien, y él tomó tan en serio su monólogo, que los tres minutos reglamentarios transcurrieron sin que la pobre mujer tuviera ocasión de emitir un sonido. Y como mi hombre de negocios era tacaño, en eso paró la conversación. Pues bien, yo que he sido invitada a venir a hablaros y que se me paga por hacerlo, quisiera decirlos: “Interrumpidme. Este monólogo no me hace feliz. Es a vosotros a quienes quiero hablar y no a mí misma. Os quiero sentir presentes. ¿Y cómo podría yo saber que estáis presentes, que me escucháis, si no me interrumpís?”. Me temo que este sentimiento sea muy femenino. Si el monólogo no basta a la felicidad de las mujeres, parece haber bastado desde hace siglos a la de los hombres. Creo que, desde hace siglos, toda conversación entre el hombre y la mujer, apenas entran en cierto terreno, empieza por un: “No me interrumpas” de parte del hombre. Hasta ahora el monólogo parece haber sido la manera predilecta de expresión adoptada por él. (La conversación entre hombres no es sino una forma dialogada de este monólogo.)

[...]

Durante siglos, habiéndose dado cuenta cabal de que la razón del más fuerte es siempre la mejor (por más que no debiera serlo), la mujer se ha resignado a repetir, por lo común, migajas del monólogo masculino, disimulando a veces entre ellas algo de su cosecha. Pero a pesar de sus cualidades de perro fiel que busca refugio a los pies del amo que la castiga, ha acabado por encontrar cansadora e inútil la faena. Luchando contra estas cualidades que el hombre ha interpretado a menudo como signos de una naturaleza inferior a la suya, o que ha respetado porque ayudaban a hacer de la mujer una estatua que se coloca en su nicho para que se quede ahí *sage comme une image*; luchando, digo, contra esa inclinación que la lleva a ofrecerse en holocausto, se ha atrevido a decirse con firmeza desconocida hasta ahora: “El monólogo del hombre no me alivia ni de mis sufrimientos, ni de mis pensamientos. ¿Por qué resignarme a repetirlo? Tengo otra cosa que expresar. Otros sentimientos, otros dolores han destrozado mi vida, otras alegrías la han iluminado desde hace siglos.”



Ocampo, Victoria. *La mujer y su expresión*. Buenos Aires: Sur, 1936.

## Tú me quieres blanca

Alfonsina Storni

(Suiza, 1892. Nacionalidad: argentina)

Tú me quieres alba,  
Me quieres de espumas,  
Me quieres de nácar.  
Que sea azucena  
Sobre todas, casta.  
De perfume tenue.  
Corola cerrada

Ni un rayo de luna  
Filtrado me haya.  
Ni una margarita  
Se diga mi hermana.  
Tú me quieres nívea,  
Tú me quieres blanca,  
Tú me quieres alba.

Tú que hubiste todas  
Las copas a mano,  
De frutos y mieles  
Los labios morados.  
Tú que en el banquete  
Cubierto de pámpanos  
Dejaste las carnes  
Festejando a Baco.  
Tú que en los jardines  
Negros del Engaño  
Vestido de rojo  
Corriste al Estrago.

Tú que el esqueleto  
Conservas intacto  
No sé todavía  
Por cuáles milagros,  
Me pretendes blanca  
(Dios te lo perdone),  
Me pretendes casta  
(Dios te lo perdone),  
¡Me pretendes alba!

Huye hacia los bosques,  
Vete a la montaña;  
Límpiate la boca;  
Vive en las cabañas;  
Toca con las manos  
La tierra mojada;  
Alimenta el cuerpo  
Con raíz amarga;  
Bebe de las rocas;  
Duerme sobre escarcha;  
Renueva tejidos  
Con salitre y agua;  
Habla con los pájaros  
Y lévate al alba.  
Y cuando las carnes  
Te sean tornadas,  
Y cuando hayas puesto  
En ellas el alma  
Que por las alcobas  
Se quedó enredada,  
Entonces, buen hombre,  
Preténdeme blanca,  
Preténdeme nívea,  
Preténdeme casta.



Storni, Alfonsina. "Tú me quieres blanca". *Antología poética*. Ed. de Jaime Martínez Tolentino, 16-18, Problemática Iberoamericana 14. Kassel: Edición Reichenbenger, 1998.

## Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México

Nellie Campobello (México, 1900)

(fragmento)

### “Zafiro y Zequiél”

Dos mayos amigos míos, indios de San Pablo de Balleza. No hablaban español y se hacían entender a señas. Eran blancos, con ojos azules, el pelo largo, grandes zapatones que daban la impresión de pesarles diez kilos. Todos los días pasaban frente a la casa, y yo los asustaba echándoles chorros de agua con una jeringa de esas con que se cura a los caballos. Me daba risa ver cómo se les hacía el pelo cuando corrían. Los zapatos me parecían dos casas arrastradas torpemente.

Una mañana fría fría, me dicen al salir de mi casa: “Oye, ya fusilaron a Zequiél y su hermano; allá están tirados afuera del camposanto, ya no hay nadie en el cuartel”.

No me saltó el corazón, ni me asusté, ni me dio curiosidad; por eso corrí. Los encontré uno al lado del otro. Zequiél boca abajo y su hermano mirando al cielo. Tenían los ojos abiertos, muy azules, empañados, parecía como si hubieran llorado. No les pude preguntar nada, les conté los balazos, volteé la cabeza de Zequiél, le limpié la tierra del lado derecho de su cara, me conmoví un poquito y me dije dentro de mi corazón tres y muchas veces: “Pobrecitos, pobrecitos”. La sangre se había helado, la junté y se la metí en la bolsa de su saco azul de borlón. Eran como cristalitos rojos que ya no se volverían hilos calientes de sangre.

Les vi los zapatos, estaban polvosos; ya no me parecían casas; hoy eran unos cueros negros que no me podían decir nada de mis amigos.

Quebré la jeringa.



Campobello, Nellie. *Cartucho. Relatos de la lucha en el norte de México*. Pról. y cronología de Jorge Aguilar Mora. México: Ediciones ERA, 2000.

## Los recuerdos del porvenir

Elena Garro (México, 1916)

(fragmento)

### I

Aquí estoy, sentado sobre esta piedra aparente. Sólo mi memoria sabe lo que encierra. La veo y me recuerdo, y como el agua va al agua, así yo, melancólico, vengo a encontrarme en su imagen cubierta por el polvo, rodeada por las hierbas, encerrada en sí misma y condenada a la memoria y a su variado espejo. La veo, me veo y me transfiguro en multitud de colores y de tiempos. Estoy y estuve en muchos ojos. Yo sólo soy memoria y la memoria que de mí se tenga.

Desde esta altura me contemplo: grande, tendido en un valle seco. Me rodean unas montañas espinosas y unas llanuras amarillas pobladas de coyotes. Mis casas son bajas, pintadas de blanco, y sus tejados aparecen resecos por el sol o brillantes por el agua según sea el tiempo de lluvias o de secas. Hay días como hoy en los que recordarme me da pena. Quisiera no tener memoria o convertirme en el piadoso polvo para escapar a la condena de mirarme.

Yo supe de otros tiempos: fui fundado, sitiado, conquistado y engalanado para recibir ejércitos. Supe del goce indecible de la guerra, creadora del desorden y la aventura imprevisible. Después me dejaron quieto mucho tiempo. Un día aparecieron nuevos guerreros que me robaron y me cambiaron de sitio. Porque hubo un tiempo en el que yo también estuve en un valle verde y luminoso, fácil a la mano. Hasta que otro ejército de tambores y generales jóvenes entró para llevarme de trofeo a una montaña llena de agua, y entonces supe de cascadas y de lluvias en abundancia. Allí estuve algunos años. Cuando la Revolución agonizaba, un último ejército, envuelto en la derrota, me dejó abandonado en este lugar sediento. Muchas de mis casas fueron quemadas y sus dueños fusilados antes del incendio.

Recuerdo todavía los caballos cruzando alucinados mis calles y mis plazas, y los gritos aterrados de las mujeres llevadas en vilo por los jinetes. Cuando ellos desaparecieron y las llamas quedaron convertidas en cenizas, las jóvenes hurañas empezaron a salir por los brocales de los pozos, pálidas y enojadas por no haber participado en el desorden.

Mi gente es morena de piel. Viste de manta blanca y calza huaraches. Se adorna con collares de oro y se ata al cuello un pañuelito de seda rosa. Se mueve despacio, habla poco y contempla el cielo. En las tardes, al caer el sol, canta.

Los sábados el atrio de la iglesia, sembrado de almendros, se llena de compradores y mercaderes. Brillan al sol los refrescos pintados, las cintas de colores, las cuentas de oro y las telas rosas y azules. El aire se impregna de vapores de fritangas, de sacos de carbón oloroso todavía a madera, de bocas babeando alcohol y de majadas de burros. Por las noches estallan los cohetes y las riñas: relucen los machetes junto a las pilas de maíz y los mecheros de petróleo. Los lunes, muy de mañana, se retiran los ruidosos invasores dejándome algunos muertos que el Ayuntamiento recoge. Y estoy pasa desde que yo tengo memoria.



Garro, Elena. *Los recuerdos del porvenir*. México: Ed. Joaquín Mortiz, 1963.

## Memorias de abajo

Leonora Carrington (Inglaterra, 1917.

Nacionalidad: mexicana y británica)

(fragmento)

Lunes, 23 de agosto de 1943

Hace exactamente tres años, estuve internada en el sanatorio del doctor Morales, en Santander, España, tras declararme irremediadamente loca el doctor Pardo de Madrid y el cónsul británico. Después de conocerlo a usted por casualidad, a quien considero el más lúcido de todos, empecé hace una semana a reunir los hilos que pudieron llevarme a cruzar el umbral inicial del Conocimiento. Debo revivir toda esa experiencia porque, haciéndolo, creo que puedo serle útil; al igual que creo que me ayudará, en mi viaje más allá de esa frontera, a conservarme lúcida y me permitirá ponerme y quitarme la máscara que va a ser mi escudo contra la hostilidad del conformismo...

Mi primer despertar a la conciencia fue doloroso: me creí víctima de un accidente de automóvil; el lugar me sugería un hospital y estaba siendo vigilada por una enfermera de aspecto repulsivo y que parecía una enorme botella de Lysol. Me sentía dolorida, y descubrí que tenía las manos y los pies atados con correas de cuero. Después me enteré de que había entrado en el establecimiento luchando como una tigresa, que la tarde de mi llegada, don Mariano, el médico director del sanatorio, había intentado convencerme para que comiera y que yo le había arañado. Me había abofeteado y atado con correas, y me había obligado a tomar alimento a través de unas cánulas introducidas por las ventanas de la nariz. No recuerdo nada de eso.

Intenté comprender dónde estaba y por qué me encontraba allí. ¿Era un hospital o un campo de concentración? Hice preguntas a la enfermera, probablemente incoherentes; casi todas sus respuestas fueron negativas, en inglés, con un desagradable acento americano. Más tarde me enteré de que se llamaba Asegurado, que era alemana, de Hamburgo, y que había vivido mucho tiempo en Nueva York.

No llegué a averiguar cuánto tiempo había estado inconsciente. ¿Días o semanas? Cuando volví a ser dolorosamente razonable, me dijeron que durante varios días me había comportado como diversos animales: había saltado a lo alto del

armario con la agilidad de un mono, había arañado, había rugido como un león, había gañido, ladrado, etcétera.

Sujeta por las correas, dije muy cortésmente a *frau* Asegurado: “Desátame, por favor”. Ella dijo con recelo: “¿Va a ser buena?”. Me sorprendió tanto su pregunta que me quedé desconcertada unos momentos, incapaz de articular una respuesta. ¡Yo no quería otra cosa que ser buena con el mundo entero, y aquí estaba, atada como un animal salvaje! No podía entenderlo, y no tenía el menor recuerdo de mis accesos de violencia; todo parecía ser una estúpida injusticia que sólo podía explicarme atribuyéndola a alguna inclinación maquiavélica de mis guardianes.

Pregunté:

– ¿Dónde está Alberto?

– Se ha ido.

– ¿Se ha ido?

– Sí, a Madrid.

Se ha ido a Madrid... ¡Imposible!

– ¿Dónde estamos... muy lejos de Madrid?

– Muy lejos.

Y así sucesivamente. Tenía la sensación de que me iba alejando cada vez más, a medida que proseguía la conversación, para descubrir finalmente que estaba en algún país desconocido y hostil. Entonces me dijo que yo había venido aquí para hacer reposo... ¡Reposo! Por último, a fuerza de suavidad y muy sutiles razonamientos, la convencí para que me desabrochara las correas; y me vestí, llena de curiosidad por ver qué había afuera de la habitación. Recorrí el pasillo sin intentar abrir la puerta de los cristales opacos, y llegué a un pequeño recibimiento cuadrado con ventanas fuertemente encorsetadas con barrotes de hierro. Pensé: “¡Extraño lugar para hacer reposo! Estos barrotes están aquí para impedirme salir. Me acercaré a esos hierros y los convenceré para que me devuelvan mi libertad.”



Carrington, Leonora. “Memorias de abajo”, 170-173. *La casa del miedo. Memorias de abajo*. Traducción de Francisco Torres Oliver; ils. Max Ernst y Leonora Carrington. México: Siglo XXI, 1992.

## Raquel Rivadeneira

Guadalupe Amor (México, 1918)

(fragmento)

Iba por la calle cimbreándose como en sus mejores momentos y de pronto caía en la cuenta de que ya había pasado la juventud. Sacando súbitamente el espejo de su bolsa, casi tenía que recargarse en algún muro para no perder el equilibrio.

No, no era posible que ya no atrajese más. Tenía que encontrar algún admirador. Y un día ese admirador llegó. Se lo presentaron en una pequeña reunión de amigos y se sintió feliz de que por fin alguien ponderase sus encantos.

Era una mujer. Mujer a pesar de cuanto había hecho en sesenta años de vida para disimularlo. La mirada desertora y el traje seco acentuaban la masculinidad que culminaba en lacio pelo canoso.

Miró a Raquel sombría y ávidamente mientras duró la reunión. Al despedirse, le indicó que le gustaría ser su amiga y le pidió su teléfono. Después de tanto tiempo de vigilia sentimental, Raquel le dio el número halagada y temerosa.

La llamada telefónica fue precedida por un ramo de incendiadas rosas. Más tarde, la cálida amiga saludó a Raquel pidiéndole una cita. Y las flores invadieron día a día el departamento medroso de Raquel.

Se reunían para conversar de la vida de ambas, pero era Raquel la única que hablaba. Mientras ella se vertía en las alabanzas de su pasado, como pidiendo disculpas momentáneas porque su presente no fuese tan luminoso, la nueva amiga, por el contrario, exaltaba la personalidad actual de Raquel, haciéndole entender que jamás pudo ser más atrayente. Raquel languidecía ante la droga del halago.

Una tarde su admiradora le trajo un recamado frasco de perfume.

Raquel, que llevaba tanto tiempo sin obsequios, se sintió feliz por unos instantes. La amiga la miraba con sus ojos plomizos que poco a poco iban perdiendo su defensiva frialdad, para tener las más sumisas y enardecidas expresiones.

Creyendo propicio el ablandamiento de Raquel, quiso darle un beso en la mano. Raquel se la extendió sin reticencias.

Las visitas y los obsequios fueron en aumento y, una tarde de incontenibles nostalgias, Raquel conoció los amores equívocos.

Al caer en la cuenta del paso que había dado, sintió repugnancia, pero pronto su amiga la calmó cobijándola de flores.



Amor, Guadalupe. "Raquel Rivadeneira". *El Cuento. Revista de Imaginación* 138 (1998): 83-86.

## Mi chimpancé

Guadalupe Dueñas (México, 1920)

(fragmento)

Olvidé que hace tiempo atravesé sus selvas enormes y fui rayo, centella y lumbre sobre la tierra dura, sobre la verde fragua hecha de menta y de césped; me fingí pájaro monstruoso, remolino entre los árboles, eco de bronce y de orquesta, estremecido abrazo de huracanes y relámpagos; viví sábanas de musgo, campanas y sollozos; pero hubo una palabra que me volvió ceniza.

Él no nació para cautivo, largos años lleva de soportarme huyendo de su indómito sino de violencia y, para no luchar, solemnemente me avisa que tiene que irse mañana.

Ni siquiera me maldice; le causo un poco de risa. No me acusa de nada; me regala mi miseria. Suprimirlo reduce mis posesiones y es cosa que sólo a mí me incumbe. Me recuerda solamente que hubo un tiempo en que no me causaba martirio su compañía y que tal vez ha de pesarme.

Al irse, seré una lápida más en un cementerio; me iré despojando de mi viejo deseo de vivir.

Casi grito que ya puedo quedarme libre añorando sus estragos, su fuerza y sus incendios. A él ha de vengarlo el tití tembloroso acorralado en la jaula, quien también podrá condenarme. Que el simio pequeñín, con su hocico de grillo, maldecirá mi alojamiento y mi comida de corcho, pero que es tan ridículo y débil que no le tendré compasión. Me aconseja que mejor me encierre yo en la jaula.

Pero eso sí, aunque yo muera, insiste en irse mañana.

Tal ha dicho. Y mientras él pensaba que su intimidación me helaría los huesos, serena alegría iba alzándose en mis desiertos como una aurora lenta y triunfal. Hasta entonces no lo supe. Él decía que era mi fuerza, siendo mi lasitud; que era mi prisionero, cuando se había erigido en mi tirano.

Si él parte mañana, ¡que se vaya! El ronquido de su ancho tórax no manchará el aire de mi amanecer.



Dueñas, Guadalupe. "Mi chimpancé". *Tiene la noche un árbol*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.

## Tentación

Clarice Lispector

(Ucrania, 1920. Nacionalidad: brasileña)

Ella tenía hipo. Y como si no bastara la claridad de las dos de la tarde, era pelirroja.

En la calle vacía, las piedras vibraban de calor; la cabeza de la chiquilla llameaba. Sentada en los escalones de su casa, lo soportaba. Nadie en la calle, sólo una persona esperando inútilmente en la parada del tranvía. Y como si no bastara su mirada sumisa y paciente, el hipo la interrumpía a cada momento, sacudiendo su mentón que se apoyaba acomodado en la mano. ¿Qué hacer con una chica pelirroja con hipo? Nos miramos sin palabras, desaliento contra desaliento. En la calle desierta ninguna señal de tranvía. En una tierra de morenos, ser pelirrojo era una involuntaria rebelión. ¿Qué importaba si en un día futuro su marca iba a hacerla erguir insolente una cabeza de mujer? Por ahora estaba sentada en un escalón centelleante de la puerta, a las dos de la tarde. Lo que la salvaba era un monedero viejo de señora, con la cremallera rota. La aseguraba con un amor conyugal ya acostumbrado, apretándola contra las rodillas.

Fue entonces cuando se aproximó a su otra mitad en este mundo, un hermano de Grajaú. La posibilidad de comunicación surgió en el ángulo caliente de la esquina, acompañando a una señora, y encarnada en la figura de un can. Era un *basset* lindo y miserable, tierno bajo su fatalidad. Era un *basset* pelirrojo.

Allá venía él trotando, delante de su dueña, arrastrando su largura. Desprevenido, acostumbrado, perro.

La chica abrió los ojos asombrada. Suavemente avisado, el perro se paró delante de ella. Su lengua vibraba. Ambos se miraban.

Entre tantos seres que están preparados para volverse dueños de otro ser, allí estaba la chica que había venido al mundo para tener aquel perro. Él se estremecía con suavidad, sin ladrar. Ella lo miraba bajo los cabellos, fascinada, seria. ¿Cuánto tiempo estaba pasando? Un gran hipo desafinado la sacudió. Él ni siquiera tembló. También ella pasó por encima el hipo y continuó mirándolo fijamente. Los pelos de ambos eran cortos, rojizos.

¿Qué fue lo que se dijeron? No se sabe. Tan sólo se sabe que se comunicaron rápidamente, porque no había tiempo. Se sabe también que sin hablar se pedían. Se pedían con urgencia, intrigados, sorprendidos. Pero ambos estaban comprometidos. Ella, con su infancia imposible. Él con su naturaleza aprisionada.

La dueña esperaba impaciente bajo la sombrilla. El *basset* pelirrojo finalmente se desprendió de la chica y salió sonámbulo. Ella quedó perpleja, con el acontecimiento en las manos, en una mudez que ni su padre ni su madre comprenderían. Lo acompañó con los ojos negros que apenas creían, doblada sobre el monedero y las rodillas, hasta verlo doblar la otra esquina.

Pero él fue más fuerte que ella. Ni una sola vez miró hacia atrás.



Lispector, Clarice. "Tentación". *El Cuento Contemporáneo 90. Material de lectura*. México: UNAM, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, 2011.

## Se me ha perdido un hombre

Carilda Oliver Labra (Cuba, 1922)

Se me ha perdido un hombre.  
Y lo busco por cifras y guitarras,  
por rostros y entrepisos,  
en el cielo,  
en la tierra,  
dentro de mí.

Se me ha perdido un hombre.  
Y me he quedado temblando  
como quien no come sino polvo,  
como quien ya extravió la sombra.

Pero no,  
que no,  
que no me ayudan a buscarlo.  
¿A quién le importa si su mirada  
ha derrotado al tiempo?  
¿A quién le importa aquella piel  
con ganas  
de la luz?  
¿A quién le importan unos labios transparentes  
que no tuvieron hambre,  
unas piernas que sólo corrían al amor?

Se me ha perdido un hombre.  
Y todos ríen,  
se entretienen,  
sudan,  
mastican,  
se desenvainan por las noches;  
despreciativos,  
inefables,  
maromeros,  
unánimes,

como si sólo se hubiese caído un alfiler  
o la hoja más seca  
del árbol del bien y del mal,  
como si la muerte no hubiera entrado  
a destiempo  
en nuestra casa.

Y yo pensando que era demasiado joven,  
que reunía láminas y piedras,  
pedacitos de mundo,  
hierros,  
cosas del mar.

Yo pensando en la grandeza de criatura,  
en cómo miraba Venus al atardecer,  
en cómo cayó en la trampa.

Yo pensando  
en dónde está la mitad del cuerpo mío,  
en quién va a cantar ahora para quitarme  
el miedo,  
en las veces que no nos besamos  
y en las que nos besamos,  
en sus ojos coléricos frente a la injusticia,  
en ese silencio con que me responde,  
en la herida que nunca le cosí,  
en sus manos.

Se me ha perdido un hombre.  
¡Ayúdenme a buscarlo!  
Pronto...  
Siento frío.

Aquí no hay lámparas ni claves,  
no tengo redes  
ni computadoras.  
No tengo flechas ni radares.

¿Dónde está?  
¿Intenta ser mi sombra el desvalido?  
¿Se me ha vuelto invisible entre gusanos?



Oliver Labra, Carilda. "Se me ha perdido un hombre". *Se me ha perdido un hombre*. Colección Contemporáneos. La Habana: Ediciones Unión, 1991 (2ª. Ed. Valladolid, España: Fundación Jorge Guillén, 1998).

# Kinsey Report

Rosario Castellanos (México, 1925)

## 1

—¿Si soy casada? Sí. Esto quiere decir  
que se levantó un acta en alguna oficina  
y se volvió amarilla con el tiempo  
y que hubo ceremonia en una iglesia  
con padrinos y todo. Y el banquete  
y la semana entera en Acapulco.

No, ya no puedo usar mi vestido de boda.  
He subido de peso con los hijos,  
con las preocupaciones. Ya ve usted, no faltan.

Con frecuencia, que puedo predecir,  
mi marido hace uso de sus derechos o,  
como él gusta llamarlo, paga el débito  
conyugal. Y me da la espalda. Y ronca.

Yo me resisto siempre. Por decoro.  
Pero, siempre también, cedo. Por obediencia.

No, no me gusta nada.  
De cualquier modo no debería de gustarme  
porque yo soy decente ¡y él es tan material!

Además, me preocupa otro embarazo.  
Y esos jadeos fuertes y el chirrido  
de los resortes de la cama pueden  
despertar a los niños que no duermen después  
hasta la madrugada.

## 2

Soltera, sí. Pero no virgen. Tuve  
un primo a los trece años.

Él de catorce y no sabíamos nada.  
Me asusté mucho. Fui con un doctor  
que me dio algo y no hubo consecuencias.

Ahora soy mecanógrafa y algunas veces salgo  
a pasear con amigos.

Al cine y a cenar. Y terminamos  
la noche en un motel. Mi mamá no se entera.

Al principio me daba vergüenza, me humillaba  
que los hombres me vieran de ese modo  
*después*. Que me negaran  
el derecho a negarme cuando no tenía ganas  
porque me habían fichado como puta.

Y ni siquiera cobro. Y ni siquiera  
puedo tener caprichos en la cama.

Son todos unos tales. ¿Que que por qué lo hago?  
Porque me siento sola. O me fastidio.

Porque ¿no lo ve usted? estoy envejeciendo.  
Ya perdí la esperanza de casarme  
y prefiero una que otra cicatriz  
a tener la memoria como un cofre vacío.

## 3

Divorciada. Porque era tan mula como todos.  
Conozco a muchos más. Por eso es que comparo.

De cuando en cuando echo una cana al aire  
para no convertirme en una histérica.

Pero tengo que dar el buen ejemplo  
a mis hijas. No quiero que su suerte  
se parezca a la mía.

#### 4

Tengo ofrecida a Dios esta abstinencia,  
¡por caridad, no entremos en detalles!

A veces sueño. A veces despierto derramándome  
y me cuesta un trabajo decirle al confesor  
que, otra vez, he caído porque la carne es flaca.

Ya dejé de ir al cine. La oscuridad ayuda  
y la aglomeración en los elevadores.

Creyeron que me iba a volver loca  
pero me estaba atendiendo un médico. Masajes.

Y me siento mejor.

#### 5

A los indispensables (como ellos se creen)  
los puede usted echar a la basura,  
como hicimos nosotras.

Mi amiga y yo nos entendemos bien.  
Y la que manda es tierna, como compensación:  
así como también, la que obedece  
es coqueta y se toma sus revanchas.

Vamos a muchas fiestas, viajamos a menudo  
y en el hotel pedimos  
un solo cuarto y una sola cama.

Se burlan de nosotras pero también nosotras  
nos burlarnos de ellos y quedamos a mano.

Cuando nos aburramos de estar solas  
alguna de las dos irá a agenciarse un hijo.

¡No, no de esa manera! En el laboratorio  
de la inseminación artificial.

## 6

Señorita. Sí, insisto. Señorita.  
Soy joven. Dicen que no fea. Carácter  
llevadero. Y un día  
vendrá el Príncipe Azul, porque se lo he rogado  
como un milagro a San Antonio. Entonces  
vamos a ser felices. Enamorados siempre.

¡Qué importa la pobreza! Y si es borracho  
lo quitaré del vicio. Si es un mujeriego  
yo voy a mantenerme siempre tan atractiva,  
tan atenta a sus gustos, tan buena ama de casa,  
tan prolífica madre  
y tan extraordinaria cocinera  
que se volverá fiel como premio a mis méritos  
entre los que, el mayor, es la paciencia.

Lo mismo que mis padres y los de mi marido  
celebraremos nuestras bodas de oro  
con gran misa solemne.

No, no he tenido novio. No, ninguno  
todavía. Mañana.



Castellanos, Rosario. "Kinsey Report", 317-320. *Poesía no eres tú. Obra poética 1948-1971*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.

## El último verano

Amparo Dávila (México, 1928)

(fragmento)

... ella que durante días y días, y todavía unas horas antes, había llorado de sólo pensar que ya había llegado a esa terrible edad en la que la maternidad, la lozanía y el vigor terminan, ahora, al recibir la noticia, no experimentó ninguna alegría, por el contrario una gran confusión y una gran fatiga. Porque, claro, era bien pesado después de siete años volver a tener otro niño, cuando ya se han tenido seis más y una ya no tiene veinte años, y no cuenta con quien le ayude para nada y tiene que hacerlo todo en la casa y arreglárselas con poco dinero, y con todo subiendo día a día. Así iba pensando en el camión, de regreso a su casa, mirando pasar las calles que le parecían tan tristes como la tarde, como ella misma. Por-que ya no quería volver a empezar; otra vez las botellas cada tres horas, lavar pa-ñales todo el día y las desveladas, cuando ella ya no quería sino dormir y dormir, dormir mucho, no, no podía ser, ya no tenía fuerzas ni paciencia para cuidar otro niño, ya era bastante con lidiar con seis y con Pepe, tan seco, tan indiferente, “no es partido para ti, hija, nunca logrará nada en la vida, no tiene aspiraciones y lo único que hará será llenarte de hijos”, sí, otro hijo más y él no haría el más mínimo esfuerzo por buscarse otro trabajo y ganar más dinero, qué le importaba que ella hiciera milagros con el gasto, o que se muriera de fatiga. Esa noche le dio la noticia. [...] Pepe le pasó un brazo sobre los hombros y le rozó la mejilla con un beso. “Cada hijo trae su comida y su vestido, no te preocupes, saldremos adelante como hemos salido siempre.” Y ella se quedó mirando aquella pantalla de televisión.

Pepe había ido al centro a comprar unos zapatos y a la peluquería. Los tres niños más pequeños a la doctrina como todos los sábados, y los mayores a jugar basket. Estaba sola en la modesta estancia tratando inútilmente de zurcir calcetines y remendar las camisas y los pantalones, lo que antes hacía con bastante habilidad y rapidez mientras veía en la televisión [...] pero eso ya no era posible, a ella ya no le interesaba nada que no fuera escuchar, observar, estar atenta observando, escuchando... Cerca de las seis de la tarde, alcanzó a percibir como un leve roce, algo que se arrastraba sobre el piso apenas tocándolo; se quedó quieta, sin respirar... sí, no cabía la menor duda, eso era, se iban acercando, acercando,

acercando lentamente, cada vez más, cada vez más... y sus ojos descubrieron una leve sombra bajo la puerta... sí, estaban ahí, habían llegado, no había ya tiempo que perder o estaría a su merced... Corrió hacia la mesa donde estaba el quinqué de porcelana antiguo que fuera de su madre y que ella conservaba como una reliquia. Con manos temblorosas desatornilló el depósito de petróleo y se lo fue vertiendo desde la cabeza hasta los pies hasta quedar bien impregnada; después, con el sobrante, roció una circunferencia, un pequeño círculo a su alrededor. Todavía antes de encender el cerillo los alcanzó a ver entrando trabajosamente por la rendija de la puerta... pero ella había sido más lista y les había ganado la partida. No les quedaría para consumir su venganza sino un montón de cenizas humeantes.



Dávila, Amparo. "El último verano". *Árboles petrificados*. 1ª ed. México: Ed. Joaquín Mortiz / Planeta, 1977.

## Contemplación Marianne

Enriqueta Ochoa (México, 1928)

### Contemplación

Hay sobre las cimas de la tarde que avanza  
un incendio de rosas lentas, temblando.

Qué sentido tan hondo el de la luz,  
derramada en el rubor del aire.

El alma se ha suspendido  
en un deslumbramiento  
de ángeles cristalinos  
y el corazón es un enjambre de música  
haciendo luz las palabras.

### Marianne

Después de leer tantas cosas eruditas  
estoy cansada, hija,  
por no tener los pies más fuertes  
y más duro el riñón  
para andar los caminos que me faltan.  
Perdona este reniego pasajero  
al no encontrar mi ubicación precisa,  
y pasarme el insomnio acodada en la ventana  
cuando la lluvia cae,  
pensando en la rabia que muerde  
la relación del hombre con el hombre;  
ahondando el túnel, cada vez más estrecho,  
de esta soledad, en sí, un poco la muerte anticipada.  
Qué bueno que naciste con la cabeza en su sitio,

que no se te achica la palabra en el miedo,  
que me has visto morir en mí misma cada instante  
buscando a Dios, al hombre, al milagro.

Tú sabes que nacimos desnudos, en total desamparo,  
y no te importa,  
ni te sorprende el nudo de sombra que descubres.  
Todo se muere a tiempo y se llora a retazos,  
has dicho,  
sin embargo, es azul de cristal tu mirada  
y te amanece fresca el agua del corazón;  
quitas fácil el hollín que pone el hombre sobre las cosas,  
y entiendes en tu propio dolor al mundo,  
porque ya sabes  
que sobre todos los ojos de la Tierra,  
algún día, sin remedio, llueve.



Ochoa, Enriqueta. "Contemplación" y "Marianne". *Poesía reunida*. México: Fondo de Cultura Económica, 2008.

## La sunamita

Inés Arredondo (México, 1928)

(fragmento)

—¡Qué! ¿No eres mi mujer ante Dios y ante los hombres? Ven, tengo frío, caliéntame la cama. Pero quítate el vestido, lo vas a arrugar.

Lo que siguió ya sé que es mi historia, mi vida, pero apenas lo pude recordar como un sueño repugnante, no sé siquiera si muy corto o muy largo. Hubo una sola idea que me sostuvo durante los primeros tiempos: “Esto no puede continuar, no puede continuar”. Creí que Dios no podría permitir aquello, que lo impediría de alguna manera, él, personalmente. Antes tan temida, ahora la muerte me parecía la única salvación. No la de Apolonio, no, él era un demonio de la muerte, sino la mía, la justa y necesaria muerte para mi carne corrompida. Pero nada sucedió. Todo continuó suspendido en el tiempo, sin futuro posible. Entonces una mañana, sin equipaje, me marché.

Resultó inútil. Tres días después me avisaron que mi marido se estaba muriendo y me llamaba. Fui a ver al confesor y le conté mi historia.

—Lo que lo hace vivir es la lujuria, el más horrible pecado. Eso no es la vida, padre, es la muerte, ¡déjelo morir!

—Moriría en la desesperación. No puede ser.

—¿Y yo?

—Comprendo, pero si no vas será un asesinato. Procura no dar ocasión, encomiéndate a la Virgen, y piensa que tus deberes...

Regresé. Y el pecado lo volvió a sacar de la tumba.

Luchando, sin tregua, pude vencer al cabo de los años, vencer mi odio, y al final, muy al final, también vencí a la bestia: Apolonio murió tranquilo, dulce, él mismo.

Pero yo no pude volver a ser la que fui. Ahora la vileza y la malicia brillan en los ojos de los hombres que me miran y yo me siento ocasión de pecado para todos, peor que la más abyecta de las prostitutas. Sola, pecadora, consumida totalmente por la llama implacable que nos envuelve a todos los que, como hormigas, habitamos este verano cruel que no termina nunca.



Arredondo, Inés. “La sunamita”.  
*La señal*. México: ERA, 1965.

## El despertar

Alejandra Pizarnik (Argentina, 1936)

*A León Ostrov*

Señor

La jaula se ha vuelto pájaro  
y se ha volado  
y mi corazón está loco  
porque allá a la muerte  
y sonrío detrás del viento  
a mis delirios.

Qué haré con el miedo.  
Qué haré con el miedo.

Ya no baila la luz en mi sonrisa  
ni las estaciones queman palomas en mis ideas.  
Mis manos se han desnudado  
y se han ido donde la muerte  
enseña a vivir a los muertos.

Señor

El aire me castiga el ser.  
Detrás del aire hay monstruos  
que beben de mi sangre.

Es el desastre.  
Es la hora del vacío no vacío.  
Es el instante de poner cerrojo a los labios  
oír a los condenados gritar  
contemplar a cada uno de mis nombres  
ahorcados en la nada.

Señor  
Tengo veinte años.  
También mis ojos tienen veinte años  
y sin embargo no dicen nada.

Señor  
He consumado mi vida en un instante.  
La última inocencia estalló.  
Ahora es nunca o jamás  
o simplemente fue.

¿Cómo no me suicido frente a un espejo  
y desaparezco para reaparecer en el mar  
donde un gran barco me esperaría  
con las luces encendidas?

¿Cómo no me extraigo las venas  
y hago con ellas una escala  
para huir al otro lado de la noche?

El principio ha dado a luz el final.  
Todo continuará igual.  
Las sonrisas gastadas.  
El interés interesado.  
Las preguntas de piedra en piedra.  
Las gesticulaciones que remedan amor.  
Todo continuará igual.

Pero mis brazos insisten en abrazar al mundo  
porque aún no les enseñaron  
que ya es demasiado tarde.

Señor  
Arroja los féretros de mi sangre.

Recuerdo mi niñez  
cuando yo era una anciana.

Las flores morían en mis manos  
porque la danza salvaje de la alegría  
les destruía el corazón.

Recuerdo las negras mañanas de sol  
cuando era niña  
es decir ayer  
es decir hace siglos.

Señor  
La jaula se ha vuelto pájaro  
y ha devorado mis esperanzas.

Señor  
La jaula se ha vuelto pájaro.  
Qué haré con el miedo.



Pizarnik, Alejandra. "El despertar". *Las aventuras perdidas*. Buenos Aires: Altamar, 1958.

## Retrato hablado

Beatriz Espejo (México, 1939)

(fragmento)

-¿Qué importancia tiene si caes? ¿En qué afecta el orden del mundo?

-Siempre admiré esa actitud tuya. Simulas que nada te conmueve y te conmueves por cualquier bobada... Sabes que cada equinoccio de primavera la luna aparece encuadrada en los observatorios mayas. Me has contado quinientas veces que fuiste para comprobarlo; pero no revelas tu verdadera intimidad.

-No quisiste oírla. Ni siquiera cuando en el dormitorio del internado descubrimos que era posible perder la virginidad sin perderla...

-No hables de eso. Para mí fue como si nunca hubiera ocurrido. Los adolescentes exploran. Jamás ponen en juego sentimientos profundos. Los jóvenes olvidan, recapacitan, tienen un porvenir entero tendido hacia ellos... He borrado los asuntos vergonzosos de mi vida.

-¡Los asuntos vergonzosos de tu vida! ¡Todavía te parece vergonzoso que dos adolescentes se acaricien y se sientan enamoradas, y a lo mejor una sí estaba profundamente enamorada. ¿Por qué exiges tanto de ti misma? Siempre exigiste demasiado de ti misma y de los demás...

-Sirvió para arrugarme pronto.

-Y si algo detestas son las arrugas. Te parecen un agravio a tu pulcritud, a una lucha en la que quisieras conservarte guapa y con la carne dura.

-La carne dura se tiene sólo una época... me gustaría tener aún la carne dura, sería una especie de pasaporte para gozar el sexo. Hay que merecer los orgasmos. No importa que luego venga un gran desencanto... Me revienta decir esto y creerlo y llorar por ello aunque no me salga ni una lágrima.

-Pues llora, tonta. Deberíamos llorar sin medida hasta que se llenaran...

-¿Los cenotes y los pozos de la ciudad?

-Odio el sabor local que, si hemos de creerle a tu conferencia, te gusta a pesar de que jamás regresaste para establecerte... Siempre fuiste inflexible con los que te rodeábamos y hasta contigo misma... Por ejemplo, por qué te negaste a participar en una manifestación pro aborto que en México fue del Castillo de Chapultepec rumbo a la Columna de la Independencia. Caminamos por el Paseo de la Reforma con carteles en alto diciendo: Yo he tenido un aborto voluntario...

Te negaste a unirte y estuvimos esperándote.

-Porque nunca tuve un aborto voluntario. Soy estéril y católica, aunque me haya casado tantas veces, y el aborto me parece algo más serio que llevar letreros escandalizando un rato sin repercusiones de ninguna clase.

-Pero necesitamos promover leyes sobre el aborto. Hay que legislar y perdonar.

-No lo niego, simplemente digo que el asunto debe tomarse seriamente. Los resultados son muy graves, irreparables para las mujeres. Algunas jamás se reponen del trauma. A nuestra edad terminan preguntándose cómo habrían sido las manos, la forma de la cabeza, las piernas del hijo que no dejaron nacer. Y claro, existen casos distintos: madres obreras, violadas, jovencitas que nunca previeron problemas.

-¿Entonces por qué condenarlas? ¿Por qué condenan a las que se vieron obligadas y abortaron?... Como dijiste antes, hay momentos de mi vida que desconoces... Siempre digo que no se deben condenar las acciones de una muchacha inexperta. Tú no sabes de esas cosas, las circunstancias no te pusieron en el predicamento; pero nadie debe condenar a quien aborte porque el novio la dejó con el lío y no tuvo valor para afrontar las consecuencias ni la condena de una sociedad tan cerrada como ésta; además, en nuestra época, nos hacían polvo y no volvíamos a levantarnos del piso... No se debe condenar.

Ella entendió; pero no quiso detalles.

-No condeno a nadie. Propongo que semejantes cosas se analicen... Es un asunto muy serio.

-No hay que condenar.

Y la voz de la amiga se aproximó al llanto; sin embargo lo dijo para sí misma mientras abría el ventanal y sacaba medio cuerpo hacia afuera como apreciando el panorama...



Espejo, Beatriz. "Retrato hablado". *Cuentos reunidos*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

# Principios éticos fundamentales del yo

## La orden de ser bellas

Marcela Lagarde y de los Ríos (México, 1948)

### Principios éticos fundamentales del yo

Hay principios que son fundamentales para construir la autonomía de las mujeres. Y en relación a nosotras mismas, son básicos los siguientes:

- No ponernos en riesgo
- No autodisminuirnos
- No ponernos en segundo plano
- No colocarnos en la sombra
- No subordinarnos automáticamente
- No servir
- No descalificarnos
- No autodevaluarnos
- No menospreciarnos
- No depreciarnos
- No hacer el consenso a la autodestrucción del yo
- Vivir con la lógica y el beneficio de la ganancia para ti, o sea, ser egoísta
- Hacer una nueva estética afectiva

Para cambiar, no hay respuestas dadas que se puedan generalizar como válidas para cada situación o para cada mujer, pero sí hay principios de vida y eso es lo que feministamente podemos compartir.

Mientras se desmonta el pecado y la culpa, aprender el goce de la subversión.

### La orden de ser bellas

A las mujeres se nos hace sentir que si no somos amadas como quisiéramos ser amadas es porque no hemos hecho algo, porque nos hemos equivocado en algo, porque nos falta algo. Nos sentimos culpables de que nos falten los atributos para ser amadas. Algunos de esos atributos están ligados a la belleza física. Se nos hace sentir que el amor no se realiza para las feas, y por eso millones de mujeres en el mundo gastamos más de la cuarta parte de nuestro salario en embellecernos sólo

para hacernos beneficiarias del amor, sólo para tener las características mínimas que impone el mundo contemporáneo para ser amadas.

Hoy ser amada pasa por ser bella, por tener un cuerpo estético, y esto irá en aumento por la mezcla de un creciente culto al cuerpo y del peso que tiene la enajenante cultura tradicional que ha impuesto desde siempre que el cuerpo de las mujeres es “cuerpo para otros”. Tanto en la cultura tradicional como en la actual la belleza es una exigencia patriarcal, especialmente para las mujeres. Esta exigencia no es ni recíproca ni simétrica, porque se admite que aún los hombres más feos tienen derecho a ser amados por mujeres muy lindas, y porque se llega a considerar que ser feo es una virtud de los hombres.



Lagarde y de los Ríos, Marcela. “Principios éticos fundamentales del yo” y “La orden de ser bellas”, 79 y 378. *Para mis socias de la vida*. España: horas y HORAS, 2005.

## Sellado con un beso

Anamari Gomís (México, 1950)

Lucila se suavizó cuando se topó con el rostro contraído de Mirna Alexander Valera. «No te preocupes —quería asegurarle—, no voy a contar nunca nada, nunca jamás. Tú quisiste ayudarme, aunque no fuese necesario del todo, y yo lo aprecio.» Mirna entendió el tácito mensaje y lo agradeció. Su zozobra se basaba en lo que Robin Lloyd le diría, en el disgusto huracanado que ya, a esa hora, debía alimentar. Sus relaciones ocultas a lo mejor saldrían a la luz; ya que Mirna Alexander había sustraído del portafolios de Mister Lloyd una copia al carbón, por cierto insuficiente, de las palabras del *spelling bee*. Pudo lograrlo porque ambos se veían en la intimidad del departamento de Robin, donde él la pintaba al óleo, le ofrecía té preparado con rastrojos que despedían un olor dulce, un poco ahumado, entre clavo y pimienta, al contacto del agua hirviente que desbordaba la tetera. Luego, ceremonioso, Lloyd vertía leche en las tazas y las llenaba de infusión. Bebía complacido y, después, con el aliento a hojas tostadas, procedía a medio desvestirse, enfebrecido, a su Mirna, ávido de ella o de otra, de una mujer lejana, difusa ya, pero desde luego inolvidable. Mirna lo intuía, mientras él la tocaba, la acariciaba con fruición, hasta que algo repentino parecía atarle las manos. Entonces interrumpía de súbito el escarceo y retomaba los pinceles para trabajar en la textura que iba adquiriendo el lienzo. «*Embraceable you. Don't be a naughty baby, come to papa*», le cantaba en su loca pasión por Gershwin, cuyas canciones escuchaba una y otra vez en un tocadiscos de aguja de diamante, que cuidaba tan celosamente como a su británico pasaporte. Sustraía el polvo de la mínima punta con un cepillo diminuto y la miraba, embelesado, depositarse con lentitud sobre los oscuros y lustrosos long plays de 35 revoluciones, fieles en su reproducción sonora. Por unos momentos, permanecía estático como guardia del Palacio de Buckingham, concentrado en el movimiento antropomórfico que el brazo del aparato realizaba en la tornamesa. El sonido que se emitía al soltarse el disco negro, frotado primero con un paño de felpa, lo ponía contento. Lloyd accionaba una palanca con el índice siniestro, porque era zurdo, y en su departamento vocalizaba Sara Vaughn o canturreaba una mujer portuguesa de voz tristísima.

Nadie sabía de las reuniones de Mirna y Robin Lloyd, salvo Linda Martínez, su amiga desde el kínder, la del acné, personaje siempre confiable y que sabía guardar muy bien los secretos.

-Me parece muy aburrido lo que haces allí, Mirna, encerrada y a escondidas. Si Mister Lloyd no está casado, ¿por qué no se vuelve tu novio oficial?

-No seas tonta. Se trata de nuestro maestro. No estaría bien. Es por eso.

Aparte de lo subrepticio de su noviazgo, Mirna presentía que Robin le escamoteaba la historia de un amor reciente, apenas interrumpido, que le impedía la formalización de sus relaciones. No se atrevía a preguntarle para no «materializar» a ninguna mujer. Mientras, Robin Lloyd trabajaba en su retrato, y ella veía aquel espacio subrepticio como si fuera un gabinete del futuro. «Aquí he obtenido mi mayoría de edad, aunque me falten unos pocos años.» El sentimiento de que atravesaba por un rito de iniciación, no sabía bien cuál, lo cargaba incluso cuando despertaba por las mañanas, en su cuarto de colores asalmonados, habitado por enseres de otra época que no correspondían a la atmósfera de novedades que surgían con Robin.

Robin Lloyd prorrumpía en comentarios cultos y librescos, le leía a Mirna poemas de Dylan Thomas, le contaba historias de Sylvia Plath y su Ted Hughes, a quienes había conocido en Cambridge University, y luego tentoneaba un poco más a su Pigmaleón, le levantaba la blusa camisera *wash and wear* para besarle el ombligo, la descalzaba para chuparle los dedos gordos de los pies o le pasaba una pluma de pavo real por el pecho, apenas expuesto. Se detenía y la obligaba a jurar que sus amores continuarían clandestinos. Y ella asentía, suplicándole que «no llegaran a más», asustada ante la efervescencia sexual que a veces los poseía. «Vuelvo al lienzo», advertía él, pero antes regresaba a la tornamesa para cambiar a Gershwin por fados deprimentes que empañaban la tarde. Mirna los detestaba sin atreverse a confesárselo a Robin. Ella no había participado en ese asunto, el de la música que evocaba en el retratista una historia abierta, sin final. Prefería Mirna las cadencias de «Our Love Is Here to Stay», la suavidad y las ganas de bailar con Robin «They Can't Take that Away from Me» o el hosco silencio antes de la música y antes del té, cuando traspasaba la puerta de entrada al estudio del británico y se internaba así en un paraíso que ella consideraba condenado. «Voy con Linda Martínez a estudiar literatura, mamá», anunciaba. Siempre hallaba nuevos pretextos para salirse de su casa, por lo menos un par de horas dos o tres veces por semana. Esos encuentros en la calle de Acapulco la trasladaban a un ámbito

muy distinto al de su casa edificada y decorada bajo el ímpetu de una modernidad que empezaba a envejecer. Miraba los libreros de Robin, hechos de tablones de madera apoyados sobre ladrillos. Todo allí, menos la tetera y la punta de diamante, resultaba transitorio. El tiempo se movía por el estudio, se precipitaba sobre la precaria estantería y se dejaba caer en el vórtice de la angustia y el placer que se alojaban en Mirna al unísono. El porvenir y el presente se deleitaban en una feliz mezcla. El estudio de Robin albergaba un destello de modernidad, pero al volver Mirna con su familia, cuando la tarde comenzaba a oscurecer, experimentaba un corto periodo de dislocación temporal. Era un retorno al pasado, y ella ya no se consideraba la misma que antes de Robin Lloyd.

Mirna se acobardó sólo de pensar que la cuestión del *spelling bee* y la persecución de la insoportable niña Recamier contra Lucila podrían suspender sus citas subrepticias con Lloyd, «porque debe estar frenético de coraje conmigo». La perspectiva de sumergirse de nuevo en su existencia antigua, sin Robin, sin sus enseñanzas, sin su música, sin el té con leche, sin el manoseo, sin el paréntesis de fingimiento dentro de la escuela, sin el miedo a que los descubrieran, todo eso, la reintegraba a su edad de piedra.



*Sellado con un beso.* México:  
Plaza y Janés / Random House  
Mondadori, 2005.

## Conferencia

Sabina Berman (México, 1955)

(fragmento)

Empecé a escribir, escribir en serio, con todo el cuerpo, desde mi cuerpo y no desde mi intelecto enajenado, empecé a escribir al día siguiente en que dejé de ser virgen. Estaba tan sensible, no sentía un hueco entre mis piernas: me sentía un hueco, un hoyo negro: estaba tan sensible. Todo cabía en mí y todo era un coito; al meter la llave en la chapa, me estremecía de placer. La llave entrando en la chapa casi derramaba líquidos suntuosos, mi carro entrando en el espacio sollozaba; esa noche el Ángel de la Independencia era un falo erguido triunfalmente, eyacuando un ángel de oro y salpicando la bóveda nocturna de estrellas.

Todo se sexualizó. Se erotizó. Yo era el Ángel y la bóveda celeste, el espacio y el coche, la chapa y la llave, el falo y el hueco.

Pero cuando aquella madrugada me senté tan amplia a escribir, tan cósmica yo, el intelecto no me dio para tanto y eligió ser el ángel. El falo, la llave, el coche. Odiaba yo entonces a los 19 años, el tono de la literatura femenina en boga —un tono enclaustrado como sus protagonistas mujeres en la esfera de lo casero y la esfera adyacente de lo romántico—. Así que con una nueva potencia fálica escribí una obra de teatro donde dos hombres discuten interminablemente sobre los prestigiosos temas de la nacionalidad y el uso de la literatura y una mujer los atiende y atiende un bebé... y secreta y silenciosamente es quien mantiene el *statu quo* que les permite a ellos filosofar y ser trascendentes.

Me fue espléndido con esta primera obra. Recuerdo que algún crítico escribió “podría haber sido escrita por un hombre”. Y yo ingresé orgullosa a mi flamante travestismo literario.

Ahora suena fácil decir que aquella madrugada dichosa pude haber elegido, ser la chapa, el hueco, la vagina. Todavía más: que pude haber escrito sobre una vagina activa, emprendedora, inteligente, aventurera, ni romántica ni hogareña. Pero no sólo no era fácil, era lo más improbable. Lo natural, lo espontáneo, lo automático —términos que ahora aprecio sinónimos (lo natural, lo espontáneo, lo automático)— era escribir como hombre o como mujer, según ambos términos están definidos por el *statu quo* patriarcal. La historia no se borra de un teclazo: no se olvidan 20 años de leer y leer y leer literatura patriarcal. No se olvida de un

teclazo una carrera de literatura. Esa opción era la automática —escribir como hombre o como mujer, repito: según lo define la vieja cultura patriarcal— y elegí ser hombre antes de ser esa escritora mujer tradicional, sin mundo abstracto, ni mundo al aire libre, sin mundo político, víctima feliz o quejosa, pero víctima oprimida.

Tenía 19 años —eso me disculpa un poco—, las mujeres apenas barboteaban sobre un cambio en su condición —eso me disculpa más—, ninguna musa o muso me iluminó esa madrugada y además, ya lo dije, mi travestismo literario fue premiado lo suficiente por los críticos... como para devenir en estilo literario.

Un congreso de dramaturgas en Toronto. El primer congreso internacional de dramaturgas tuvo que rescatarme de mi feliz y prestigioso travestismo...

Dos mil escritoras partieron de Toronto desazogadas y ávidas de enfrentar nuestro reto: si el mundo no había sido hecho por las mujeres y para las mujeres, si la literatura —la descripción del mundo— no había sido hecha por, ni para nosotras, ahí estábamos las nuevas autoras para cambiarlo todo.



Berman, Sabina. "Conferencia".  
*El teatro y la mujer latinoamericana*. México: CIDAL, 2001.

## De cómo perdí mi hogar y hasta mi patria

(fragmento)

Beatriz Escalante (México, 1957)

(Hilda, 54 años. Poeta)

Yo soy chilena. Aunque ya no hablo como la gente de mi país, tengo ese inconfundible acento hispano de quien nació en algún lugar de América Latina pero ha pasado más años en aeropuertos que en casas.

No he regresado a Santiago. ¿A qué volver? El pasado no regresa. Y yo me he convertido en el pasado de mi familia. La última vez que vi a mi hija tenía 7 años; mi hijo tenía 9. Eran unos críos.

Quiero que quede claro que yo siempre los quise. La vida me separó de ellos y de mi marido, Roberto. No fue la falta de amor, sino la vocación, un modo de vida. La poesía ha estado en mí desde que yo era una criatura. La he descubierto en mi naturaleza, en lo místico y en las palabras. La poesía es una atracción irremediable. Una especie de embriaguez que arrebata.

Cuando salí de mi país, llevaba equipaje para 6 meses. Mi prestigio internacional me había hecho acreedora a una beca en Iowa.

La poesía me recompensó. Cuando concluyó la primera beca internacional, ya me habían otorgado la Guggenheim... Quiero decir que yo pude haber regresado a Chile pero no lo hice. Lo que quería de las becas no era sólo dinero, sino la justificación para la ausencia. Estaba aburrida de asuntos domésticos y fiestas infantiles. Me enfermaba que mi esfuerzo cotidiano no tuviera más consecuencias que lograr que un niño accediera a tomar su medicina o que recogiera sus juguetes o que respondiera correctamente a sus mayores. Cada noche, antes de dormir pensaba en los poemas que no había escrito; en la agonía de consumirme en placeres monótonos y agotadores para mi intelecto. Para mí esa es la educación. Una tarea necesaria pero infame.

Primero fue una beca y luego otra. Después me ofrecieron trabajo como profesora en el Departamento de Español y Portugués en la Universidad de Chicago. Empecé a dictar cursos de poesía chilena, un seminario, un taller de escritura creativa...

Durante toda mi estancia en Estados Unidos, viví en edificios ocupados por universitarios y profesores visitantes. Comí en cafeterías; conseguí que la vida doméstica desapareciera de mi existencia. Me desligué de las obligaciones familiares. Pretexté un curso especial de invierno para no regresar en vacaciones. Busqué la manera de que ellos no pudieran visitarme.

Han pasado muchos años... Mis hijos son estudiantes universitarios. Yo estoy de año sabático. No he conseguido ninguna nueva beca. Podría regresar a Chile, pero ¿para qué?



Escalante, Beatriz. "De cómo perdí mi hogar y hasta mi patria". *Cómo ser mujer y no morir en el infierno*. México: Nueva Imagen, 2002.

## Verdadera historia del silencio

Lilian Elphick (Chile, 1959)

El silencio llegó cuando las mujeres de mi clan atizaban el fuego y los hombres recolectaban y cazaban. Era muy pequeña, pero aún recuerdo el instante en que él vino a quedarse con nosotros: invitado de piedra en la piedra de amolar puntas de lanzas, huésped en las pieles que reposaban arriba de los esqueletos, forastero que robó nuestros ojos para hacernos sentir más solos y más inútiles. No hubo un *luego* ni nada que nos orientara. El sol salía, es cierto, pero no sabíamos dónde se ocultaba ni en qué momento. En la oscuridad podíamos establecer el punto exacto de nuestro miedo, tocándonos y sintiendo nuestros cuerpos temblar en estrellas e ínfimos soles.

El silencio no era como el grito ni la vocalización de la muerte; ni siquiera sé qué olor tenía. Aun así nos apretaba la garganta, impidiéndonos el llanto, esa agua benéfica que se deslizaba por la cara. Porque teníamos cara, de eso estoy segura: las mujeres reían junto al fuego y hablaban de otras mujeres que también reían junto al fuego. Los hombres celebraban junto al animal cazado e imitaban la muerte del animal muriendo y reviviendo. Comíamos, dormíamos, recorríamos grandes distancias, y no necesitábamos decir árbol para ver el árbol, ni decir amor para sentirlo.

Todo cambió. El silencio hizo que otros clanes llegaran y el alimento no alcanzó para todos. Yo crecí enraizada a esa extrañeza, a ese espesor. Y tuve hambre y a mis labios los alcanzó la sed.

Fue entonces que me fui a las praderas amarillas, el territorio prohibido por las ancianas. Sabía que encontraría a la loba y al tigre. Yo sólo llevaba conmigo una aguja de hueso. Caminé, caminé, y el silencio se alejó de mis mayores, siguiéndome los pasos, paladeando mis huellas, desmalezando los equívocos.

Las praderas estaban hechas de amarillo; no un color, sino una palabra. Lo supe cuando llegué a ellas. Fui bien recibida: la loba merodeaba una historia; el tigre saltaba el muro de la ficción. Alguien, quizá una mujer de pelo negro, colocó el amarillo en mi oído y dijo: Escucha. Y con la aguja cosí la memoria de los míos.



Elphick, Lilian. "Verdadera historia del silencio". *Confesiones de una chica de rojo*. Santiago: Mosquito Editores, 2013.

## Volar

María Baranda (México, 1962)

Un día  
abriré mis brazos  
como si fueran las alas  
de una inmensa ave

que arriba al aire  
vuela de súbito  
en las nubes  
para beber  
la noche  
y sus estrellas,

la sed de una montaña  
azul como el azufre,  
y pasaré de una gota  
a otra y otra de la lluvia

como una flecha  
silba  
en el silencio  
de todo  
el horizonte.

Volaré  
hasta la aurora  
como si fuera

la música  
de una ballena  
o acaso  
el canto de un pájaro  
en lo alto

de los montes,  
del tiempo y la neblina.

Me olvidaré  
que estoy  
en el silencio  
de los aires

y me reiré  
como si fuera  
un aviador  
que vive día  
a día entre  
las nubes  
más altas  
de los bosques.

Levantaré entonces mi voz  
para que sepan todos,  
los niños y los hombres,  
que volar  
no es sólo asunto  
de las aves.



Baranda, María. "Volar". *Digo de noche un gato y otros poemas*. México: El Naranjo, 2006.

## La danza de la araña

Laura Alcoba (Argentina, 1968)

(fragmento)

Siempre esa historia de la tarántula que yo quisiera tener. Papá se muestra cada vez más escéptico. *No sé si es una buena idea. En realidad, me parece bastante complicado.*

Ya van casi dos meses que hablamos de eso. Nuestra correspondencia tiene ciclos, así. Desde el verano pasado, tanto en mis cartas como en las suyas, hay por lo menos media página sobre las tarántulas argentinas, esas arañas que papá llama *las arañas pollito*.

Todo empezó con un amigo de mi tía y con lo que ella le contó a papá en la última visita que le hizo en la cárcel. Era el día de *la visita de contacto*, cuando el visitante puede estar al lado del detenido que ha ido a ver. No sé por qué papá me dio ese detalle, él que, por lo general, no habla jamás de la cárcel, pero en la carta que me envió al principio del verano, me decía exactamente eso: el día de *la visita de contacto*, mi tía le habló de uno de sus amigos que tiene una tarántula como animal de compañía. La trajo del norte de Argentina, después de una estadía del lado de la frontera chilena donde vive parte de su familia: la araña en cuestión es una *araña pollito* andina, una especie muy particular, que se puede domesticar [...] *escuchá un poco cómo sigue esta historia*, me escribía papá en su carta de principios del verano.

Parece que cada vez que el hombre vuelve a su departamento de La Plata después de una jornada de trabajo, la tarántula se pone a bailar en la jaula de metal que tiene como casa. La araña da tales saltos cuando entiende que el hombre ha vuelto que los barrotes vibran y tintinean. Como si no estuviera encerrada en una jaula, sino dentro de un inmenso cascabel. Sobre todo, la araña parece reconocer los pasos del hombre. A menos que el desencadenante sea para ella el ruido que hace la llave al girar en la cerradura de la puerta de entrada. En todo caso, desde el principio de su vida en común, cada vez que el hombre vuelve a su casa después de una jornada de trabajo, la tarántula le hace fiestas. Entonces, tomó la costumbre de liberarla para mimarla un poco, a la araña le encanta [...] sin duda es por su liberación cotidiana y la breve sesión de caricias que sigue que la tarántula se apegó tanto a él, mostrándose cada vez más feliz y agradecida.

Por eso, desde que viven juntos, cuando el hombre está de vuelta, la danza de la araña es cada vez más demostrativa. Y el vínculo entre el hombre y el animal, más fuerte. Cuanto más pasa el tiempo, más se conmueve el amigo de mi tía ante la idea de esa secuencia cotidiana [...] cuando sabe que el reencuentro se aproxima, con solo pensarlo, si bien él no baila, se emociona de antemano. La llave en la cerradura y la araña que se despierta. Sus pasos sobre el parqué y la araña que se entusiasma. Las piruetas detrás de los barrotes que tintinean de impaciencia. Una vez más, sabe que le va a tocar todo eso.

Papá se pregunta si el hombre se encariñó realmente con la araña, si lo que le gusta, en el fondo, no es ese pequeño ritual [...] que no termina ahí. Porque después de la danza de la araña, el hombre abre una segunda puerta [...] minúscula [...] con el fin de liberarla. Entonces, la jaula se calla.



Alcoba, Laura. *La danza de la araña*. 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Edhasa, 2017.

## Humo

(fragmento)

Gabriela Alemán

(Brasil, 1968. Nacionalidad: ecuatoriana)

Mientras la mujer espera frente a la casa, mira las largas y delgadas hojas que sobresalen del cerramiento. Son lo único que le hace frente al viento que sube como una marea, se atropella por las grietas de la fachada, lame la vereda y se prende de las ramas desvestidas que aún resisten en la acera. Los tres árboles que se alzan junto a la reja parecen esqueletos torturados.

No hay nadie en la calle, está tan vacía que parece que sólo ella burlara un toque de queda. Apenas está el cielo, colgando como la panza de una burra. Ha visto una en el campo cuando era niña y se peleaba por su ubre junto a su cría. Sabe que es de ese exacto color, aunque nunca antes lo había visto impreso sobre el cielo de Asunción. La mujer no está preparada para el clima, apenas lleva una blusa de seda y pantalones de lino. Sólo una melena corta, que no luce desde hace veinte años, la protege del viento.

Se apoya sobre un bastón que sostiene en su mano derecha, a sus pies hay una maleta. Lleva varios minutos tocando el timbre junto a la puerta. Intenta divisar alguna silueta tras las ventanas pero, salvo las cortinas, nada se mueve. Mientras sigue al acecho de las sombras, una vendedora de chipas se le acerca.

Algo la debe alertar —los brazos rojos, un fino hilo de sangre que baja hacia su labio, su postura encorvada— porque le dice que suba las gradas y que toque la puerta principal. La manija de la reja está rota. Antes de que pueda reaccionar (la vendedora la mira como si fuera la imitación de algo) la mujer aplaude, no una, sino varias veces; son golpes secos, con unas manos enormes. Aunque acusa el golpe, sólo le llega la remembranza del golpe. Lo que en realidad la zarandea es el recuerdo.

Nunca más había escuchado esos aplausos operando de timbre improvisado, en ninguna otra parte del mundo. Queda tan sacudida que no tiene la presencia para agradecerle antes de que la mujer se aleje. Abre la puerta, deja su maleta a un costado y sube las gradas. Ve que la hiedra aún cubre los muros, las dos enormes palmeras siguen presidiendo el jardín y una variedad de yuyos rastreros todavía se desperdiga por el suelo de los alrededores. Es un desorden que imprime

su recuerdo. Nada ocurre, salvo que esta vez puede golpear la puerta. El tiempo pasa, una mancha de sudor avanza por su pecho, su pierna se acalambra y se sienta en las gradas.

Ni siquiera intenta ver si alguna ventana está abierta. Mientras duda si ha comunicado bien la fecha de su llegada, apoya la espalda contra una columna y recuerda la puerta que da a la cocina. Se levanta aparatosamente —con un escalofrío—, el sudor se imprime junto al frío sobre su pecho, arrastra su pierna mala hasta enderezarla y baja. Toma la maleta, no la carga sino que tira de ella a través de la maleza húmeda. Sube los escalones, mueve el manubrio; está cerrada. Se pasa la mano por el rostro y, al retirarla, la descubre salpicada de sangre. No tiene con qué limpiarse y tampoco le importa.

Aun así, alza la cabeza para evitar que las gotas que salen de su nariz caigan al piso pero, antes, sus ojos se detienen sobre sus bastas pegoteadas de fango y recuerda que Andrei guardaba una copia bajo el rodapié. La descubre pegada a un moho espeso y oscuro. Saca una lima de su cartera, limpia los canales y la inserta en el cerrojo. Calza; forzándola, gira.

No encuentra la luz al entrar y avanza a tientas por el cuarto, deslizándose su mano sobre la superficie de la pared. Deja la maleta junto a la puerta. Su bastón retumba dentro del cuarto vacío como la pata de Ahab. Atraviesa la cocina y llega al salón antes de dar con un interruptor. Las cortinas están corridas y, al prender la luz, descubre cientos de partículas de polvo flotando en el aire. Cuando descubre la pesada cortina de terciopelo carmesí la luz apenas se filtra hacia adentro.

Sale al corredor que colinda con el patio interior. El jardín no se parece en nada a su recuerdo. Una fina capa gris lo cubre por completo, como una sábana de tul. Junto al guayacán se amontonan varias latas de pintura, baldes con agua y brochas; el gran reloj que cuelga de la pared está descompuesto. Avanza, abre las puertas una por una hasta que da con un cuarto pequeño donde una chica menuda mira por la ventana; ni siquiera se gira cuando abre. Sigue, tres puertas más abajo encuentra un grupo de hombres sentados alrededor de una mesa.

La miran como si no estuviera allí. Sólo uno de ellos, alto y corpulento, se levanta y la toma del brazo para averiguar sobre su presencia en la casa. Su tono es menos amenazante que desinteresado, pero su olor es acre. La mujer no aventura demasiado, sólo le dice que busca a Pablo. El hombre le señala unas gradas de piedra, vencidas por el uso, al final del corredor. No espera a que suba para regresar a la habitación y cerrar la puerta tras de sí. La mujer sube, primero la pierna

derecha, después la izquierda y luego el bastón, hasta llegar arriba. Cuando ve más puertas cerradas, flanqueando la baranda que da al patio, bañadas por la luz blanquecina que se filtra por las nubes, se desanima, pero aun así las abre hasta que, por fin, lo encuentra.

Ni siquiera levanta la vista del tablero cuando ella entra. —Pablo —dice la mujer. Da algunos pasos, el bastón retumbando en el espacio cerrado. Nada. El hombre tiene las mangas de la camisa arremangadas y la posición de su cuerpo alerta sobre su concentración. La mujer avanza hasta colocarse detrás de él. Sólo cuando mira sobre su hombro y ve que hiende un cincel en una lámina de cobre, el hombre se percata de su presencia. No se sobresalta, sólo la mira y tira su banca hacia atrás.

—Gabriela. El tono de su voz es pura constatación. Es una voz plana que le recuerda a la del hombre de abajo. Pablo agarra un trapo y se repasa las manos. Mide más de un metro ochenta y sus bíceps se alzan como colinas bajo su camisa, algo que no conjuga con la fragilidad que imprime su presencia.

—Hola —responde la mujer. Se saludan de una manera torpe, él estirando la mano, ella acercándose a su mejilla. Ninguno de los saludos se concreta, luego llega el silencio, como un hipo, y entonces viene el golpeteo en la ventana. El inicio de una tormenta. —¿No trajiste equipaje? —Quedó abajo, junto a la puerta de la cocina. Cuando salen las palabras de su boca, los ojos del hombre se detienen sobre su bastón. No comenta nada. —La voy a traer. La lluvia comienza a caer con fuerza. La mujer se acerca a la ventana y ve que las gotas caen en diagonal y son afiladas como agujas. Se desentiende, gira el cuerpo y mira las líneas tendidas a lo largo del cuarto donde cuelgan unas cartulinas. Observa una donde parece emerger un cadáver; sobre él flota una nube de moscas. Pablo regresa.

—Debes estar cansada. No es una pregunta, la frase tampoco denota una especial preocupación por su bienestar. Es sólo la necesidad de dar pie a lo siguiente. —No demasiado —le responde, distraída aún por el zumbido de las moscas. El hombre sigue con la maleta en la mano, y señala con el gesto que lo siga.

Pablo la guía por el corredor, el bastón avanza, abriéndose paso sobre la superficie de madera. Le parece que una sombra cruza abajo, atravesando el patio interior, pero es una vaga sensación porque la lluvia cae espesa. Pablo se para frente a la puerta que colinda con el fin de las escaleras, saca una llave del bolsillo de su pantalón y la mete en el cerrojo. Puede ver dos camas estrechas tendidas con sábanas almidonadas, una gran ventana que da a la calle y un mueble con

cajones. Deja la maleta sobre una de las camas. En cuanto se va, la mujer se quita los zapatos y entra al baño. Mientras se lava las manos, se observa en el espejo. No entiende cómo él no le dijo nada.

Su nariz ya no sangra pero al secarse el sudor, debió de esparcirla por su rostro. Su pelo carga el polvo de la calle y está revuelto por el viento. Se moja la cara y se la seca con una toalla. Vuelve al cuarto, abre la maleta y, sin demasiado entusiasmo, traspasa su contenido a los cajones. Se calza unas pantuflas y mira por la ventana. El horizonte termina frente a un muro de agua. Regresa al baño, abre el grifo de agua caliente y cierra la puerta. Espera que el cuarto desaparezca tras el vapor antes de desprenderse de su ropa. Lo hace como si en realidad se desprendiera del día.

Cuando vuelve al cuarto su piel se eriza por el cambio de temperatura, sus pies mojados marcan el suelo de madera. Se sienta en la cama y mira cómo se esfuman sus pisadas, cómo la huella de su presencia desaparece al rozar el aire. Entra desnuda a la cama y, sin transición, colapsa dentro de ella. Se levanta tarde al día siguiente, no sabe la hora exacta porque no recuerda si la cambió cuando aterrizó el avión o si sólo pensó hacerlo. Se endereza en la cama, el cielo sigue siendo una bruma aunque una luz fantasmagórica logra atravesar las nubes. Se viste y sale al corredor, vuelve a ver la hilera de puertas cerradas. Baja al primer piso. El sonido de su bastón nuevamente reverbera dentro de la casa. La cocina aún es el mismo sitio inhóspito del día anterior y no calza, como el patio, con su recuerdo. Esta vez encuentra el interruptor de inmediato. Mientras se prepara unos huevos revueltos, oye pisadas.

—¿Querés café? —es la manera que encuentra Pablo para saludarla. —Bueno, te lo agradezco —le responde Gabriela. Sus cuerpos se rozan cuando él se acerca a la hornilla para colocar la cafetera sobre el fuego. —¿Qué tal el viaje? —Largo. Había olvidado lo largo que era. Es la primera mención al tiempo transcurrido desde la última vez que se vieron. —Perdona que saqué lo que encontré en la heladera, no sabía dónde estabas. —No me tenés que pedir permiso para hacer nada Gabriela, Andrei te consideraba parte de la familia... Bebe de su taza hasta terminarla y luego va al lavabo; mientras el agua corre y le da la espalda, continúa con la oración.

—Sólo te pido que no andes por aquí abajo. Ella mira su columna, se dibuja como un ciempiés bajo su remera entallada, mientras cierra la llave del agua. Cuando se da vuelta no dice nada más. Gabriela no se cree en el derecho de pe-

dir explicaciones y opta por callar. Se miran a los ojos. —¿Me acompañás? —le pregunta Pablo. Ella se para, su rostro se contrae un momento hasta que puede estirar su pierna izquierda y asentarla sobre el suelo. Lo sigue.

Bajan por el largo corredor de madera donde dos corrientes de aire se cruzan. La mujer alza las manos para llevarlas a sus brazos y, entonces, deja caer su bastón. Pablo se detiene, lo recoge y luego sigue caminando hacia la biblioteca. Cuando abre la puerta lo apoya contra la pared. El tiempo parece haberse detenido adentro o eso, por lo menos, es lo que piensa Gabriela. Es lo primero, desde su llegada, que coincide con su recuerdo. Los dos enormes estantes que cubren la pared desde el suelo hasta el techo, el enorme reloj de pie al final del cuarto, el escritorio de palo de rosa, la ventana que enmarca las palmeras del jardín. Sólo falta Andrei. A la mujer le da aprensión entrar. El hombre se percata.

—Entra, entra. Necesitaba ese permiso. Pablo va hacia el escritorio y recoge un sobre. Estira el brazo en su dirección. —Esto es lo que te dejó, antes de morir me pidió que te buscara y que yo mismo te lo entregara. Gabriela toma el paquete y se lo lleva al pecho. Pablo camina hacia la puerta.



Alemán, Gabriela. *Humo*. Colombia: Ed. Literatura Random House, 2017.

## Peligro de extinción

Ana Franco Ortuño (México, 1969)

Un insecto camina en la tensión del té  
  despacio  
  teje y comienza a rodearnos:  
    Peligro de Extinción  
    Coinciden los colores  
    la rapidez del vuelo  
    y su fugaz azul  
    Vidrio soplado  
—Habrà que revisar este sistema de creencias  
  la fragilidad del argumento  
  la mercantilización de los sueños  
    Densidad  
    que reconoce indicios en lo leve  
  Partículas de Prácticas Infantiles  
    El cuerpo (voraz)  
  necesita volver cada tanto a ese lugar de frutas:  
  el enrojecimiento o el temblor de las manos, por ejemplo  
    Es el ritmo el que ha ido envejeciendo  
    (los ojos y narices agotados  
  llorosos por la luz o por la cercanía de una sustancia tóxica)  
    Lo inaceptable es perder los sentidos  
—deja que entre el sol aquí, que nos caliente el cuarto.



Franco Ortuño, Ana. "Peligro de extinción". *Peligro de extinción*. Barcelona: Carmina in mínima re, 2012.

## El cuerpo en que nací

Guadalupe Nettel (México, 1973)

(fragmento)

Después de varios amores imposibles que viví durante la infancia, conocí el romance correspondido a la edad de dieciséis años. Por aquellas fechas, yo solía frecuentar el barrio de Coyoacán los fines de semana y también las pocas tardes en las que no asistía al liceo. Me identificaba mucho más con los mimos y los artesanos del Jardín Hidalgo que con los otros adolescentes de mi escuela, a los que despreciaba por superficiales. R tenía cinco años más que yo y no sentía ningún remordimiento por salir con una menor de edad. Vivía en la avenida Miguel Ángel de Quevedo, era alto y delgado y de temperamento lánguido. Escribía unos poemas pacianos que a mí me parecían estupendos. Sus padres tenían la peligrosa virtud de practicar una moral tolerante y permitían que nos encerráramos durante horas en su habitación, en la que terminé perdiendo la virginidad de una manera poco memorable. No me enamoré de R. Me gustaba su universo de estudiante de letras en el que los versos de Vallejo convivían con las canciones de Led Zeppelin y de Bob Dylan. Al principio, la diferencia de edad le confería un aire protector, pero un par de años después terminé convenciéndome de que su naturaleza era más frágil que la mía y su exacerbada susceptibilidad terminó por ahuyentarme. Recuerdo que fue una noche, en el patio de la Casa de la Cultura Jesús Reyes Heróles, cuando le hice saber con la mayor delicadeza de la que fui capaz en ese momento –y que probablemente haya sido ínfima– que había decidido recuperar la soltería. Él reaccionó con bastante dignidad. Me dijo que lo había visto venir y que lo comprendía perfectamente. Dejamos de vernos durante algunos meses, en los que apenas hablamos por teléfono para no perder el contacto. En ningún momento R me sugirió que reconsiderara mi decisión. Tampoco me dio a entender que estuviera sufriendo. Poco tiempo después recibí una llamada de su madre pidiéndome que fuera a visitarlo porque estaba enfermo. No fue sino al entrar a su habitación cuando me enteré de que dos semanas antes había intentado suicidarse saltando del cerro del Tepozteco. La persona que encontré sobre esa cama estaba fracturada tanto por dentro como por fuera –había estado en el hospital antes de que pudieran darlo de alta–. No sólo su piel lastimada impedía enyesarlo, también hubo que esperar a que cerraran las heridas de algunos órganos internos

y, lo que casi era peor, él, sus padres y sus amigos me hacían responsable de todos los daños y perjuicios. No sé cómo hubiera sobrevivido al horror y a la culpa naturales en una situación como aquella de no haber estado totalmente anestesiada por la marihuana que consumía regularmente en esa época. Le prometí a sus padres que regresaría a visitarlo, pero la verdad es que nunca volví a poner un pie en ese departamento. Salí de su casa sin derramar una lágrima. Sin embargo, tengo la certeza de que esa entrada poco triunfal a la vida amorosa determinó mi futuro con una culpa inexpugnable que aún se manifiesta en mis sueños.

Para ese entonces yo ya era novia de T, de quien sí me enamoré con la fuerza y la credulidad que suele tener el primer amor. T no era poeta sino narrador y su inteligencia era muy superior a la de R. A diferencia de mí, bailaba maravillosamente, comentaba con fervor las noticias de los diarios, escuchaba a Bob Marley, a Silvio Rodríguez y a Juan Luis Guerra. Presumía de haber alfabetizado en la sierra de Puebla y también de haber trabajado en Los Ángeles en la pisca de la uva, junto a cientos de braceros mexicanos indocumentados. Al contrario de lo que ocurría con R, sus padres estaban separados y para su madre habría sido la peor de las afrentas que yo pernoctara en su casa, de modo que debíamos ingeniárnoslas para encontrar un lugar dónde estar solos y saciar aquella voracidad caníbal que sentíamos el uno por el otro. La clandestinidad volvió nuestro noviazgo aún más emocionante.

Al terminar el bachillerato, me inscribí en la carrera de filosofía en la universidad de Clermont Ferrand. La elección se debió a que la familia de Georges, mi reciente padraastro, tenía una casa en el centro de Francia y me ofrecía prestarme el chalet de los invitados para que pudiera realizar mis estudios en Europa. Châtel Guyon, el pueblo al que T y yo fuimos a dar, no era precisamente París y tampoco se parecía a Aix. Tenía cuatro mil habitantes y su único atractivo era un balneario de aguas termales que sólo abría los veranos, visitado principalmente por vecinos de la región.

Ese otoño duró muy poco tiempo, para dejar su lugar a un invierno particularmente frío. Mientras yo estudiaba en la Universidad Blaise Pascal, T acudía a clases de francés para extranjeros, gracias a las cuales había conseguido el permiso de residencia. Todas las mañanas debíamos salir a la autopista para correr detrás del autobús que nos llevaba a la ciudad. La mayoría de las veces no lo alcanzábamos y entonces nos veíamos obligados a esperar bajo la lluvia que algún coche se apiadara de nosotros. Poco a poco, conforme aumentó el frío, mi interés por la

filosofía fue disminuyendo. A T le pasó lo mismo con las clases de francés. En vez de perseguir al autobús empezamos a quedarnos en casa, donde escuchábamos los discos de Billie Holiday, Thelonious Monk, Charlie Parker y todos los músicos que aparecieran citados en *Rayuela*, nuestro libro de culto de aquel entonces. Con una vieja máquina de escribir, T avanzaba en la escritura de una novela. Vivimos así durante esos meses hasta la noche en que recibí una noticia inesperada: había ganado un concurso de cuento en el que me inscribí poco antes de salir de México. La premiación iba a celebrarse en Benín, un país que nunca antes había escuchado mencionar y al que debería viajar en menos de dos semanas.



Nettel, Guadalupe. *El cuerpo en que nací*. Narrativas Hispánicas. México: Ed. Anagrama, 2011.

## #Amiga date cuenta. Guía para la vida

Plaqueta (México, 1983) y Andonella (México, 1991)

(fragmento)

Feminismo

La palabra prohibida.

Ya nos habíamos tardado en sacar el tema.

Amiga, te tenemos noticias: Lo más probable es que seas feminista.

¿Crees que las mujeres y los hombres debemos tener los mismos derechos y oportunidades? ¿Sí? Bueno, pues ahí está.

No hay una manera “correcta” de ser feminista. De hecho, las feministas discutimos entre nosotras constantemente. A veces hasta nos bloqueamos en Facebook y dejamos de invitarnos a las fiestas. Lo cual no es un problema, porque el desacuerdo enriquece las ideas, además de que hay suficientes fiestas y siempre podemos reconciliarnos en Instagram. Como sea, en algunos puntos estamos de acuerdo.

Por ejemplo:

\*Los hombres y las mujeres deben tener derechos iguales, no sólo en el papel ni en teoría, sino en la vida real.

\*Hay que garantizar el acceso a la salud reproductiva para todas: sólo nosotras mismas debemos decidir sobre nuestros cuerpos.

\* A trabajos iguales, mismo pago. Hay que cerrar la brecha salarial.

\*La violencia de género debe castigarse y desaparecer. Queremos reclamar las calles, la escuela, los trabajos, las casas, los bares, las canchas deportivas, las plazas y el mundo en general como nuestro, sin miedo a que nos hagan daño por el simple hecho de ser mujeres.

\*Las niñas y jóvenes deben tener las mismas oportunidades educativas que ellos, desde el preescolar hasta los posgrados, en todas las áreas del conocimiento.

¿Por qué se llama feminismo?

Eeeem, ¿porque el movimiento se trata de los derechos de las mujeres? ¿Por qué les molesta tanto? Nadie exige que se cambie la palabra “indigenismo” para incluir a los blancos colonizadores en el término, sería ridículo, ¿no?

Además, el que le puso así fue un hombre, así que reclámenle a él: Alexandre Dumas hijo acuñó el término en el siglo XIX para burlarse de las mujeres que exi-

gían sus derechos (jajaja, porque no hay nada más hilarante que eso, jajaja, NOT), y ya luego las sufragistas se lo apropiaron y lo reivindicaron. El resto es historia.

Mitos sobre el feminismo:

\* “La actividad favorita de las feministas es quemar brasieres”. Oigan, no, ¡están carísimos! Además, ¿han intentado prender una prenda de ropa? Es superdifícil. Por último, nos interesa salvar el planeta y quemar poliéster no es la mejor manera de lograrlo.

\* “Se trata de odiar a los hombres”. Qué necedad ser el centro de atención, ¡no!, A veces sí nos dan ganas de odiarlos porque no se toman la molestia ni de buscar la definición de “feminismo” en Wikipedia, pero más bien nos da risa. ¿Qué parte de EQUIDAD no entendieron, batos?

\* “El feminismo desprecia a las amas de casa”. Para nada, de hecho busca que se reconozca su trabajo y romper con la idea de que todo lo hacen por “entrega, sacrificio y amor”. El mundo no es un comercial de jabón de ropa.

\* “Hay que pasar un examen para ser feminista”. Nel, di no al #feministómetro. El feminismo es una voluntad de cuestionar todo lo que alguna vez diste por hecho, no unas fotocopias que te pasaron en la escuela (aunque las lecturas no estorban). También es hacer lo posible (por chiquito que sea) para que las condiciones de vida de las mujeres, como colectivo, mejoren. Y, lo más importante, es algo que te deja con muchas más preguntas que respuestas, así que sería un test imposible de pasar.

\* “Las feministas no se rasuran ni se maquillan”. Las feministas hacemos lo que nos pega la gana. O lo intentamos. Cuestionamos que se nos impongan reglas sobre nuestra apariencia y a partir de eso decidimos si vamos a salir a la calle con labial morado o con una botarga de perrito.

\* “El feminismo es lo mismo que el machismo, pero al revés”. ¡No! Sabemos que el sufijo “ismo” puede ser confuso, pero así solito no tiene una connotación negativa ni positiva. Por ejemplo, ahí están el egoísmo y el altruismo. Hasta los conservadores de la Real Academia reconocen que no tienen nada que ver entre sí: mientras el machismo es la “actitud de prepotencia de los varones respecto de las mujeres” y una “forma de sexismo caracterizada por la prevalencia del varón”, el feminismo es el “principio de igualdad de derechos de la mujer y el hombre” y el “movimiento que lucha por la realización efectiva en todos los órdenes del feminismo”.



Plaqueta y Andonella. *#Amiga date cuenta. Guía para la vida*, 154-158. México: Planeta, 2018.

## Autorretrato

Rosario Castellanos (México, 1925)

Yo soy una señora: tratamiento  
arduo de conseguir, en mi caso, y más útil  
para alternar con los demás que un título  
extendido a mi nombre en cualquier academia.

Así, pues, luzco mi trofeo y repito:  
yo soy una señora. Gorda o flaca  
según las posiciones de los astros,  
los ciclos glandulares  
y otros fenómenos que no comprendo.

Rubia, si elijo una peluca rubia.  
O morena, según la alternativa.  
(En realidad, mi pelo encanece, encanece.)

Soy más o menos fea. Eso depende mucho  
de la mano que aplica el maquillaje.

Mi apariencia ha cambiado a lo largo del tiempo  
—aunque no tanto como dice Weininger  
que cambia la apariencia del genio—. Soy mediocre.  
Lo cual, por una parte, me exime de enemigos  
y, por la otra, me da la devoción  
de algún admirador y la amistad  
de esos hombres que hablan por teléfono  
y envían largas cartas de felicitación.  
Que beben lentamente whisky sobre las rocas  
y charlan de política y de literatura.

Amigas... hmmm... a veces, raras veces  
y en muy pequeñas dosis.  
En general, rehúyo los espejos.

Me dirían lo de siempre: que me visto muy mal  
y que hago el ridículo  
cuando pretendo coquetear con alguien.

Soy madre de Gabriel: ya usted sabe, ese niño  
que un día se erigirá en juez inapelable  
y que acaso, además, ejerza de verdugo.  
Mientras tanto lo amo.

Escribo. Este poema. Y otros. Y otros.  
Hablo desde una cátedra.  
Colaboro en revistas de mi especialidad  
y un día a la semana publico en un periódico.

Vivo enfrente del Bosque. Pero casi  
nunca vuelvo los ojos para mirarlo. Y nunca  
atravieso la calle que me separa de él  
y paseo y respiro y acaricio  
la corteza rugosa de los árboles.

Sé que es obligatorio escuchar música  
pero la eludo con frecuencia. Sé  
que es bueno ver pintura  
pero no voy jamás a las exposiciones  
ni al estreno teatral ni al cine-club.

Prefiero estar aquí, como ahora, leyendo  
y, si apago la luz, pensando un rato  
en musarañas y otros menesteres.

Sufro más bien por hábito, por herencia, por no  
diferenciarme más de mis congéneres  
que por causas concretas.

Sería feliz si yo supiera cómo.  
Es decir, si me hubieran enseñado los gestos,  
los parlamentos, las decoraciones.

En cambio me enseñaron a llorar. Pero el llanto  
es en mí un mecanismo descompuesto  
y no lloro en la cámara mortuoria  
ni en la ocasión sublime ni frente a la catástrofe.

Lloro cuando se quema el arroz o cuando pierdo  
el último recibo del impuesto predial.



Castellanos, Rosario. "Autorretrato", 288-290. *Poesía no eres tú. Obra poética 1948-1971*. México: Fondo de Cultura Económica, 1981.